

anticurriculum vitae del autor

Curioso lector: en el pecado de tu mentada curiosidad llevas la penitencia. Porque, seguramente, no vas a encontrar en lo que sigue aquello que suele ponerse en los corri-corri vitales al uso; es decir, una fotografía de un señor con gafas y bigote de escritorazo y con cara de haberse leído los quinientos libros que sirven de fondo al "documento gráfico" y, debajo, la información de que si nació en tal o cual sitio (aparte de que si te dijera, lector curioso, que nací en el 1925 solo serviría para que pensases que ya hace falta cara para, con esa pila de lustros sobre los lomos, pretender estar incluido en las huestes del llamado "teatro joven español") y, más debajo todavía, la pila de títulos de licenciado y doctor; luego la lista de obras publicadas con un fecha entre paréntesis y, de postre, la traca final de los premios literarios, incluidos los de Cafés y otros círculos similares de cultura recreativa. En resumidas cuentas, una agitación de las latas que uno lleva atado al rabo para meter el mayor ruido posible y para que tú, curiosísimo lector, tengas un indicio de que merece la pena el leer la obra de que todos esos datos biográficos no son sino celofán y lacito de moaré torna solado.

Por eso, impertinente y curioso amigo mío, no te contaré nada de mi (aparte de la ya mentada carga de añazos y éso por lo que de masoquismo comporta toda confesión) y me limitaré a copiar un trozo de uno de tantos libros que tengo en el fondo del armario de los venenos. Ese trozo se titula precisamente autobiografía y habla de mi pero también de todos los cochinos malditos de mi maldita estirpe de maldito. ¿A qué más datos para satisfacer tu gorda curiosidad, hermano lector, tú, gustador de corri-culos vitalicios?

ahi va

El nivel normal de la escena permanece invisible, bien por falta de iluminación o por el procedimiento que se adopte.

Fuertemente iluminada, en cambio, colgada o izada sobre aquella invisibilidad, aparece una plataforma. Una escala de cuerda o cualquier otro medio de acceso, cuelga de ella y se pierde en la oscuridad inferior.

Sobre la plataforma, una cama de historiada prosapia : columnas salomónicas, desel, etc, etc. Junto a ella, un árbol reseco. Cuelgan de sus ramas diversos objetos que se irán e numerando a lo largo de las acotaciones. En un sitio destacado, un reloj de arena. En otro, un facistol de catedral sos teniendo un enorme libro. Jaulas de diversos tamaños, con animalitos disecados en sus interiores, aparecen por todas partes, incluso colgando de la plataforma. Una cadena sujeta al piecero de la cama desaparece en su parte inferior.

Paseandose sobre los abultados colchones que cubren el lecho, está BONI, un hombre de porte aventajado. Viste camión de dormir que le llega a medio muslo, unas medias blancas y zapatos de hebilla de la época de Trafalgar. Se cubre con un sombrero de almirante de la misma época.

Al pie de la cama, DON, un enano, viste el resto del uní forme, pero está descalzo y con las pantorrillas desnudas. Lleva un gorro de dormir con borlón. Flota en la casaca recamada, dado su tamaño.

(estos dos trajes vestidos a medias por los actores, pueden ser los propios de dos papeles sociales complementarios: señor feudal y bufón, verdugo y rey-sol, etc.)

BONI.- (Paseandose). Me hago viejo, mi buen Bonifacio; mi espíritu se disuelve en las delicuescencias del crepúsculo. Necesito que me diviertas con tus locas fantasías.

DON.- ¡Qué cosas se os vienen a la imaginación, mi señor! ¡El árbol que da frutos cada noche, recio está como el cimarrón más pujante!

BONI.- La costumbre, fiel amigo, no es la potencia. Diviértete hasta la hora de la procreación o mandaré que te azoten.

DON.- (Se acerca al gran libro). Os recitaré la crónica de vuestra raza.

BONI.- (Bostezando exageradamente). Me aburren tus halagos estúpidos. Harto sabes que jamás tuve antecesores. Nos somos nuestro principio y nuestro fin.

DON.- Ni más ni menos. Redondo como el ciclo del huevo. Se rompe el cascarón primordial y surge el león ponedor de huevos.

BONI.- Deja de lamer y narra.

- DON.- (Narrador). Pues resultó que el jardín de vuestro padre que festado estaba de malignasculebras y vos limpiasteis el jardín en nada de días. Y, cuando lo acabasteis de limpiar, lo rotulasteis. Y a un lado pusisteis el castillo de los elegidos y, al otro, hacia el occidente del meriano, la leprosería. Y a vuestro padre le llegaba la satisfacción hasta la médula de los viejos huesos. (Señala el gran libro). Está escrito.
- BONI.- (Más bostezos). Lo mismo de aburrido. Prefiero aquello del rey que devoraba a sus hijos legítimos. Los bufones carentes de ingenio jamás podreis comprender nuestras ansias secretas. Mandaré, sin duda alguna, que te azoten.
- DON.- (Mueve páginas del libro). El jefe de la dinastía clavó entonces el gran cayado en el centro mismo del desierto tiñoso y pronunció la gran frase fundacional. "Aquí!", dijo.
- BONI.- Deja las azañas del patriarca para los niños de los leprosos. A mí cuéntame algo más excitante.
- DON.- (Más hojéo del librazo). ¿"Oedipus, rex", entonces?...
- BONI.- ¡Basta, perro! ¿Pretendes recordarme, a cada paso, mis desventuras?.
- DON.- (Ausente). y, como no sabía, después de todo, cómo empezar, padre plantó un árbol.
- BONI.- ¿Un granado?.
- DON.- Una higuera más bien, según dicen.
- BONI.- ¡Qué blasfemia es esa? ¿Cómo se te ocurre sacar un árbol terminado en la letra lasciva? ¿Acaso ignores que nos hallamos en zona de desvanes?.
- DON.- Tal vez fuera un olivo. Se me deslumbra la memoria.
- BONI.- Ayer era un granado.
- DON.- (Sigue con el índice lo escrito en el librote). Y dijo: "Tú parirás cada noche y escribirás un libro cada noche y lo ilustrarás y lo colgarás de las ramas del árbol que plantes cada noche".
- BONI.- ¿Plantarlo dónde?.
- DON.- En la sala noble.
- BONI.- Bonito eso. Pero quedaba más brillante con un granado lamido por un unicornio.
- DON.- ¿Y no tendrán vergüenza?.
- BONI.- ¿Y la leprosería?...
- DON.- La dejó fuera del ámbito del libro. Los leprosos no se paraman en morales. Sexos y edades yacen en común revoltijo hasta que reventan. Y no son tan eternos como los de dentro de la muralla.
- BONI.- (Evocador). ¿Has subido, mi buen Bonifacio, hasta lo alto de las torres alguna vez? ¿Te has asomado de almenas para afuera?.
- DON.- Desde luego que sí. A la hora de arriar.
- BONI.- ¿Y de qué color habeis dispuesto los cronistas que sea el reino exterior?.
- DON.- Confuso. Y que no se oigan esquilas de ángeles como en el interior de nuestros patios, entre las piedras de color a infinito.
- BONI.- Y los tiñosos, ¿de qué color los pusisteis en vuestras obras?.
- DON.- ¡Cuanta pregunta, monseñor...!
- BONI.- (Dulce). Responde, mi bien.
- DON.- La mayoría de color lepra. (Rutinario). Y para reproducirse se montan unos sobre otros. Como cerdos. Así se dispuso que lo narrramos.

- BONI.- Hay que tener piedad con los desparramados. También ellos tuvieron un padre que pintaba.
- DON.- El nuestro esculpía el barro con primores de artista.
- BONI.- ¿El nuestro...? ¡No me englobes en tu vulgar condición, mem digo!. A menudo pierdes el sentido de la respetuosidad. (Dulce) Te mandaré azotar...
- DON.- (Señala el reloj de arena) ¡Algo habrá que intentar mientras se vacía este maldito cacharro!.
- BONI.- Enciende la lámpara.
- DON.- no hay lámpara.
- BONI.- ¡Píntala, pues!.
- DON.- Hay un tiempo de vivir y otro de pintar. Daremos la hora. (Se acerca al reloj de arena. Lo agita como si se tratase de una campanilla). ¡La hora...!
- BONI.- (Se tumba en la cama, cruza los brazos debajo de la nuca). El amargo ocaso es llegado. Otorgaré testamento.
- DON.- (Se hace con una larga pluma de ave. Se acerca al libro). Estoy dispuesto. Sólo me permito suplicaros, humildemente y de todo corazón, que disimuleis los errores que mi burda pluma pudiera deslizarse en el seno de los textos.
- BONI.- Ya entenderemos de ello. Limitate, al presente, a fijar mi voluntad postrera.
- DON.- Hagase vuestra voluntad postrera.
- BONI.- (Aburrido). Me fatiga la púrpura.
- DON.- (Fingiendo escribir lentamente sobre el libro y silabeando lo "escrito"). De-fa-ti-ga-la-púr-pu-ra... Ya está. ¿Qué más?
- BONI.- (Altisonante). ¡Presto voy a declinar cetro y corona! ¡Cederé a quien haya de recogerlos, los atributos de mi aulica condición!.
- DON.- De-mi-au-li-ca-con-di-ci-on... Podedis proseguir.
- BONI.- (Cada vez más "sesperiano"). Give me my robe, put on my crown: I have immortals longings in me. Now no more the juice of Egypt's grapes shall moist this lip...
- DON.- (Como antes). Dame mi saco, anhelos de no palmarla siento, los morapios egipcios no catarán mis labios...
- BONI.- (Puede leer de un libro que haya sacado del bolsillo, estos textos de "Antonio y Cleopatra"). I am fire and sir, my other elements I give to base life...
- DON.- Sosegaos, mi señor. Todavía voy por lo del fuego y el aire.
- BONI.- ¡La inspiración hace galopar mi estro y tú tienes que venir a ponerle freno con tu ineptia de torpe amanuense!. ¡De cien azotes no bajan, tenlo por cierto!.
- DON.-to-ba-ser-li-fe... ¡Ajá! ¡Adelante, mi señor Don!.
- BONI.- (Decaído). ¡Me retiraré a la austeridad de un monasterio, ajeno al burdo acontecer del mundo. Haré que los buenos frailecicos celebren mis funerales aún antes de que el inevitable fin sea llegado. Me hago viejo y mi espíritu se disuelve en las delicuescencias del crepúsculo.
- DON.- Señor...
- BONI.- ¡No me interrumpas, belitre!.
- DON.- Es que, mi buen amo, ahora vamos por el segundo vaciado de reloj. Ya hemos representado lo de las delicuescencias del crepúsculo.

- BONI.- (Se pone de rodillas sobre la cama, se quita el sombrero y se lo tiende a DON al tiempo que comienza a quitarse un zapato. Gemebundo.) ¡Perdonadme, mi maestro y señor! ¡Se me va el santo al cielo...! Sólo soy un humilde bufón a quien le ha sido negado el arte de hacer comedias. Permitidme que os devuelva vuestros nobles atributos.
- DON.- Cese, loco...! Continúa en tu papel. Sólo el teatro es capaz de disimular este fatigoso peso de cetro y corona. ¡Continúa te digo...!
- BONI.- (Vuelve a ponerse el sombrero y a calzarse). Sea como ordenéis. ¿Por dónde íbamos? .
- DON.- (Leyendo en el libro). ...Las delicuescencias del crepúsculo.
- BONI.- (Impuesto de nuevo, paseos firmes sobre los colchones). Lee el resto del protocolo. Es aburrido repetirlo de pura memoria.
- DON.- (Hojea el libro). Yo, el escribano, hice abrir la mencionada cripta y dentro de ella ví y reconocí al padre de nuestro señor DON, que estaba muerto, sin hinchazón de veneno al parecer y, en parte, vestido con el hábito de nuestro señor padre San Francisco.
- BONI.- (Interrumpiéndole). ¡Pasa folios, acémila! No es ahí...
- DON.- (Haciéndolo). Que si esta sociedad y compañía experimentase buenos progresos en su tráfico y negociación de lanas, aceites, y otros culesquiera frutos y no estuvieren los socios en disposición de aumentar por sí los fondos...
- BONI.- Busca donde empieza: "Sepan cuantos leyeren esta carta de testamento..."
- DON.- (Hojea febril). ¡Helo aquí!
- BONI.- Informame, pues! (Boni acompaña a la lectura con grandes gestos).
- DON.- Sepan cuantos leyeren esta carta de testamento y postrimero como yo, llamado Don, vecino de esta fortaleza de austeridad, estando echado sobre la cama de la resignación eterna y próximo a efectuar viaje a los reinos oscuros...
- BONI.- ¿Cómo saber los insondables misterios que nos guardan allen de las sombras?.
- DON.- Si interrumpís el fluir de mi narración, tened por seguro que os quedáis sin apuntación de verbo.
- BONI.- Perdona muchacho, puedes continuar.
- DON.- Y puesto que es preciso estar prevenido de ánimo y disposición para cuando uno decida ausentarse de este presente mundo, como temeroso que se debe ser de cuanto nos excede y encuadra, digo que creo y confieso, etcétera, etcétera,...
- (Dejando de leer) Ejemplar. Las nuevas generaciones os admirarán por esto.
- BONI.- No me mueve el afán de ser aplaudido por la posteridad. Sólo la trasmisión de mi pequeña parcela terrenal. Continúa.
- DON.- Primeramente encomiendo a la natura de dónde fué formado y, por ende, es mi voluntad postrimera y mando que se me feje sentado en mi lecho, reclinado sobre las bordadas almohadas, debajo de mi cerezo favorito, de modo que los jilgueros de más allá vengan a picotear cerezas de mi mano. (Vuelve a levantar la mirada del librote). Igualmente ejemplar y, al mismo tiempo, delicado.

BONI.- Tu coba resulta harto empalagosa. Doscientos azotes serán más apropiados.

DON.- (Reanuda rápidamente la lectura). Item más, es mi voluntad postrimera y mando que mi plata labrada, mis pinturas de bulto, mis alhacas de servicio de casa, mis cofres con los vestidos de ceremonia, mi copa de romper al final de los banquetes mi gran collar de la orden del elefante, mis vestidos de asistír a los bailes de corte, mi hacha de hacer justicias, mis renuevos de hortensias, mis escupideras de aliviar audiencias mis libros de horas, mis marfiles de estampar, y toda otra gala preparatoria de mi puntual reproducción; mando decia, que me acompañen y sirvan de viático y guarnición en los lóbregos vericuetos del otro lado del tránsito. (Dejando de leer). Gran virtud esa de guarecerse de la incierta lluvia del futuro. Sólo alcanzan a ella las almas más nobles y avisadas.

BONI.- (Quitándose el sombrero, con voz humilde). Maestro...

DON.- (Acentuando el ritmo de la lectura). Item más, mando y es mi voluntad postrimera que se me reserve para mi segunda ocasión la cama de granadillo y bronces donde parí todos y cada uno de mis descendientes, como, asimismo, sus colgaduras de damasco carmesí con alamares de cañamazo y sus rodapiés y sus pelli-zas y su doselillo de cabecera con tafetán listado de colores y su toalla azul y sus gasas...

BONI.- Maestro, tenedme la merced de buscar unas páginas más adelante. A lo mejor aparece alguna pequeña manda para vuestra leal servidumbre...

DON.- (Cada vez más rápido). Item más, nos legamos el algarrobo de dar sombra y conformidad a los nuestros, con todas y cada una de sus estampas; la leal crepsidra que vino a poner compás y mesura en nuestros pasos por esta guiño que llamamos vida; las jaulas con los miembros de nuestra descendencia legítima, que alguno de ellos será gustoso, sin duda, en dar calor a nuestras cenizas en las frías noches de invierno trasombrio...

BONI.- (Remedando la "lectura" de DON). Item más, mandamos y es nuestra voluntad postrimera que a nuestro buen y servicial Bonifacio, por la gracia que desplegó en su oficio de actor en cada estancia de nuestro existir, legamos...!

DON.- (Interrumpiéndole, y pasando las hojas del libro con gran prisa). Nada encuentro de esa manda que decis en los textos..

BONI.- ¡No me interrumpas, belitre! ¡La inspiración hace galopar mi estro y tú tienes que venir a ponerle freno con tu ineptia de torpe amanuense!.

DON.- ¡Está bien! .Da rienda suelta a tu codicia de siervo.

BONI.- (Vuelve a remedar a DON). A mi buen y fiel bufón dejo la plata labrada, mis pinturas de bulto, los doblones del pote enterrado.

DON.- (Dejando de pasar las páginas del librote). ¡Aquí está!. "A mi viejo servidor que tantas veces supo adornar la grosera realidad en rededor de mi persona, mando se le entregue este libro con mi historia y cuantas estampas contiene..."

BONI.- (Estallando; se quita el sombrero y lo tira con fuerza sobre la cama). ¡Para el muy hideputa, magritas en el más aquí y en el más allá y, para uno, zancarrones de papel a todo pas

to!. Tiene razón el dicho: "Señor ambicioso, criado piejoso".

DON.- ¿Qué significa esto? ¡Vuelve a tu papel o mandaré que te azoten sobre el mismo escenario!.

BONI.- (Salta de la cama y rebusca febril en el libro). Te diré cual es tu verdadero signo, ruineja!

DON.- Este levantamiento merece algo más escarmentador que el azote, te lo anuncio y prevengo.

BONI.- Lee aquí, mono. Mira lo que dice de tu mandato eterno.

DON.- ¡Ya es hora! ¡Cambio de escena!.

BONI.- (Señala la clesidra). Falta no menos de un quinto de arena. Todavía estamos en plena testamentaria. ¡Lee...!

DON.- Tengo como una telilla que me anubla los ojos. Me hago viejo mi buen Bonifacio. Mi espíritu se disuelve en las delicuescencias del crepúsculo...

BONI.- ¡Deja de repetirte, galán!. Lo que tú tienes es un afán de dominio que rebasa los límites de tu propia momificación.

DON.- ¡Cuatro caballos tirarán de tu cuerpo en direcciones enemigas! ¡Tus ojos serán bocado de gavilanes! ¡Tus mondos huesos desparramados por el desierto de la leproseria!

BONI.- ¿Querrás leer de una vez, cuerpo de umpero!

DON.- (Vuelto de espaldas al libro). Que nacerá de mi carne una carne que no será mi carne ni carne de varón, pero que conocerá varón de carne y que del ayuntamiento en la carne del varón de carne nacerá una carne que me sucederá. ¿Es eso lo que querías que leyera?.

BONI.- Libro segundo. Capítulo quinto. Versículos iniciales: "Los hijos asesinarán al padre podrido y liberarán a los leprosos" Está escrito también.

DON.- Escucha tú, iluso. ¿De qué te servirá esta rebelión entre dos. Cada noche te sube la fiebre de la impertinencia y todo acaba siempre en el remanso del segundo acto.

BONI.- Es posible que todo no se agote y consuma en esta estufa de fingimientos.

DON.- ¿Y qué más cree, mi buen dorador del castillo, qué existe fuera de su ámbito, aparte de la lepra y el caos?

BONI.- (Con gesto definitivo). Olvidas que en el centro de la oscuridad inferior te espera una carne de ...

DON.- (Conteniéndole, tapa la boca de BONI con su mano). ¡No pronuncies la palabra maldita!.

(LEIDI, abajo, enciende en este momento un fósforo que se apaga rápidamente)

BONI.- (Librandose de la mano amordazadora, con rabia). ¡Te espera una carne de HEMBRA !.

DON.- ¿Quieres, acaso, despertarlo?

BONI.- (Da vueltas alrededor de la gran cama pronunciando con diversas entonaciones la palabra "hembra". Termina como si azuzara a un perro de caza. DON, siempre representando con exageración, se tapa los oídos con el antebrazo). ¡Hembra! ¡Hembra! ¡Hembra! ¡Hembra! ¡Hembra!. (Se abraza a las rodillas de DON postrándose a sus plantas) ¡Concededme vuestro perdón, mi señor! ¡Misericordia!.

DON.- (Patético) ¡Demasiado tarde!. Nos hundiremos juntos. La fatá

DON.- (Patético). ¡Demasiado tarde!. Nos hundiremos juntos. La fatalidad nos anegará en la misma onda...

(Suena una voz debajo de la cama que va aumentando a medida que avanza la canción que entona).

VOZ DE DEBAJO

DE LA CAMA.- Enseñame la pata,
hembrita mia,
por debajo del borde
de tu faldita...

(Aparece PTI PRANS, cubierto con la piel de un animal y arrastrando sus cadenas que, sujetas por un extremo al piecero de la cama, por el otro apresan sus tobillos).

PTI PRANS.- Cordera mia,
muestrame eso tan lindo
que tienes apañado
bajo el corpiño...

(se aproxima a DON y empieza a husmearlo lleno de curiosidad olfativa).

BONI.- ¡Vuelvete a tu camita, mi pequeñin!. No comiences con tus travesuras...

PTI PRANS.- (Comienza a registrar a DON)
Seas loba o cordera,
dejame un rato
jugar con lo que llevas
bajo el refajo.

(DON procura huir, PTI PRANS lo retiene abrazándolo)

DON.- ¿Qué pretende este insensato?. ¡Menester será acortar aún más los fierros a su extraña locura!

PTI PRANS.- (A BONI). ¡Señor padre...!

BONI.- LLámame papá.

PTI PRANS.- (Intentando desabotonar la casaca de DON). Papá: ¿por que le ponen tantos botones a los refajos de estas hembras?

DON.- ¿Hembra yo en estas alturas del desván? ¿Qué desatino es este?.

(PTI PRANS comienza a arrancar los botones de la casaca y a ponerse frenético. DON, medio asfisiado por los abrazos intermitentes apenas puede hablar).

PTI PRANS.- ¡Anda, tesorito mio, quitate tu mismito esos chismecitos y enseñame ese tarrito tan calentito que le tienes guardadito a tu machito!.

DON.- ¡Ampero! ¡Protección! APártale las estampas, pronto!

(BONI descuelga una estampa o "poster" que se encuentra colgado del árbol)

BONI.- Toma, hijo. Diviértete con esta negrita. ¿A que tiene las carnes más prietas que ésa que tienes abrazada?.

(PTI PRANS suelta a DON. Contempla la estampa con aire embesado. La besa)

PTI PRANS.- Señor padre...

BONI.- Papá para tí...

PTI PRANS.- (Señala la estampa). ¿Quién es, señor papá?

BONI.- Una hermana negra. Se llama Leidi.

PTI PRANS.- ¿Como la de siempre?

BONI.- Hoy es siempre, hijo.

PTI PRANS.- Entonces, señor padre, ¿ya soy un hombre?

BONI.- Hecho y derecho, mi niño.

PTI PRANS.- ¿Y puedo retirarme con ella a la intimidad de mi refugio?.

BONI.- Como sea de tu gusto. De vuestro gusto, quise decir, puesto que os debo tratamiento de adulto. pero no os quedeis a un solo paño. Estais en la edad del capricho y de la fantasía. Tiempo tendreis de estabilizaros. (Descuelga otra estampa, se la entrega). Rubita como una espiga granada. Vuestro padre la concibió, sin duda, a fuerza de pensar en trigos con sol mientras la otra sería fruto de sus ensoñaciones con ébanos nocturnos. Pero tú puedes divertirte con ambas, granujilla.. !Ay, si ese rinconcito tuyo de ahí abajo pudiera hablar...!

PTI PRANS.- (Dirigiendose a una de las estampas, canta)

Leidi, la negra Leidi,
me dijo anoche
quedo y bajito
mientras jugabamos
a mariditos:
"Cuentame una a una,
cielito lindo,
las manchas rojas
que me han salido
con tus locas palabras
y tus pellizcos".

DON.- !Basta ya, rijoso!. !Desaparece!

PTI PRANS.- (A la segunda estampa)

Leidi, la rubia Leidi,
me dijo anoche
mientras jugabamos
a adivinanzas
y señalandose
el rinconcito
de su entrepata
"¿Cual es el pez
que a gusto nada
en la pecera
que aquí se guarda?".

DON.- (Intentado cubrir las jaulas con algunas telas). !Terminaré por soliviantar con su torpe extravío a todas mis inocentes criaturas!. (Tirando de las cadenas de PTI PRANS). !Hundete en tu cueva de una condenada vez o terminaré por azotarte!.

PTI PRANS.- ¿Qué clase de hombre es esta tan ruda, papaito?

BONI.- Es tu padre, obedécele.

PTI PRANS.- (A BONI). Sí, papá. (A DON). Si, padre. (A las estampas). Vamos, serpienteitas. (Desaparece debajo de la cama con las estampas).

DON.- ¿Acaso no sabes que las palabras sucias exiitan a ese pobre desdichado?

BONI.- (Inocente). ¿Pues qué dije, milord?

DON.- Nombraste al sexo inexistente de manera harto cruda y directa. Y, a mayor abundancia, repetidas veces. La próxima vez que lo hagas, te mandaré azotar. En esta ocasión tendré a bi en perdonarte en mérito a que me salvaste la vida. (Se acaricia el cuello). !Casi me afoga esa pobre carne de mi carne!

BONI.- No temais por ese lado, monseñor. Ese infeliz salió directamente de vuestras entrañas de macho, señor de machos...

(Va quitando las telas que cubren las jaulas. Maullidos y cánticos agradecidos). Señor de todos estos inocentes... Y el que pudiera derrocaros, vos mismo repetisteis los textos vendrá manchado por el paso a través de la hembra...

(Automática reacción de PTI PRANS que asoma la cabeza por debajo de la cama)

PTI PRANS.- Blanca por todas partes
 menos por una
 de oscuros rizos
 negros por todas partes
 menos por una
 color jacinto
 rojo por todas partes
 menos por una
 de miel y vino
 de vino y mi...

BONI.- (Le corta la palabra con un escobazo). ¡A tu infecto rincón sabandijo! ¿Otra vez vienes a quebrar el ritmo de nuestra función?

(PTI PRANS desaparece dando aullidos debajo de la cama. DON se dirige a BONI con voz suplicante).

DON.- ¿No es bien cierto lo que dijiste antes de esta enojosa interrupción?

BONI.- ¿Y qué os dije, mi poderoso dueño?

DON.- (Cada vez más necesitado de afirmación). Aseguraste, mendigo, que de ninguno de ellos podría partir el lanzazo parricida.

(Señala las jaulas; BONI se muestra cada vez más altivo)

BONI.- Ni más ni menos, mi poderoso señor. Todos son hijos adictos. Machos como vos.

DON.- (Casi lloroso). Y que no transmitirían a nadie la peste de la usurpación, ¿no es cierto, mendigo?

BONI.- (Despreciativo). Ciertó, mi poderoso amo.

DON.- (Lloroso). Y que todos ellos son puros, puesto que permanecieron sin conocer vientre impuro y sin pasar por vientre impuro. Repítelo, mendigo.

BONI.- (Majestuoso). Sí, mi poderoso jefe. Todos, todos son machos hijos de macho y de imaginación; hijo, a su vez, de macho y de imaginación. Y así hasta las fuentes más primigenias.

DON.- En eso te equivocas, mendigo: ya te dije que mis orígenes no se remontan más allá de mi mismo... (Se acerca a las jaulas con gesto definitivo). ¡Pero ellos sí tuvieron un padre...! (Se autogolpea el pecho, luego levanta una de las jaulas y lee la etiqueta que lleva). Cuervo. Nacido el 26 de Febrero.

BONI.- Cuervo macho, mi poderoso señor.

DON.- (Levanta otra jaula). Puercoespín.

BONI.- Macho. Del 27 del mismo mes y año. Sus púas os laceraron vuestras partes más delicadas.

DON.- (Igual). Gato montés.

BONI.- Macho, mi poderoso señor. De la noche siguiente. Yo mismo corté el cordón umbilical de este infante.

DON.- (Igual). Ratón almizclero.

BONI.- Macho mi poderoso señor. Y todo un ejemplar. Tan rollizo que tuvimos problemas puerperales hasta bien entrado el día siguiente. ¿No recordais?.

DON.- Ardillo común.

BONI.- Macho. Terminado en hermosa "o" de macho, mi poderoso señor.

DON.- (Igual). Búfalo.

BONI.- Macho, mi poderoso señor. Y tan grande que hubo necesidad de haceros doble cesárea.

DON.- (Igual). Araño.

BONI.- Macho. Sin problemas, dado su exiguo tamaño, mi poderoso señor.

DON.- (Igual). ¿Y este esqueleto tan viril? ¿No es un aguilo imperial?

BONI.- Polvo imperial de aguilo macho, en efecto, mi poderoso señor.

DON.- ¿Existe alguna sucia descendencia femenina al final de estos nombres?.

BONI.- Todo son del sexo adecuado a esta parte del castillo.

DON.- Tus palabras me causan un alivio infinito, ¿Cómo podré agradecerelo?.

BONI.- (Se sube de un salto a la cama, rencoroso y siniestro). Sin embargo, mi poderoso señor, una sola excepción puede fructificar en descendencia asesina.

DON.- (Anhelante). ¿De qué excepción hablas? ¿Qué descendencia es esa?.

BONI.- (Implacable). Una noche entre las noches, milord, monseñor, su graciosa alteza, mi amado, respetado y querido dueño, paristeis una hembra.

(Simultáneamente suena la dolorida voz de DON y la canción de debajo de la cama, un tanto suavizada por los anteriores escobazos).

VOZ DE PTI Hembrita mia,
PRANS.- si me enseñas la pulpa
 de lo de abajo
 te enseño yo la punta
 de mi ca...

DON.- ¡No! ¡No! ¡No!... Aparta ese dolorido dardo de mi costado... ¡Apartalo!...

(BONI, tira con fuerza de las cadenas. Aullidos. Silencio, luego).

DON.- ¡Extrae esa espina de mi torturada memoria! ¡Extraela!.

(Cada vez más patético). ¿Qué falta terrible hube de cometer para ser fulminado por aquel terrible accidente?

BONI.- ¿A quién os dirigis? ¿A vos mismo?. Quedamos en que no tuvisteis creador. A no ser que os lo zampareis y arrancareis del libro la página que perpetuaba el suceso.

DON.- ¿Cesará de manar alguna vez ese pozo de tu negra ingratitud?

BONI.- (Gira alrededor de DON como una euménide. Durante el siguiente parlamento de BONI, Leidi, en el nivel normal de la escena, va encendiendo lentamente un candelabro de muchos brazos situado sobre una larga mesa que ocupa el centro de la escena. No se verán todavía los fondos de ésta. Leidi se tra

ta de una actriz preferentemente negra con un vestido blanco de larga cola).

Lo cierto y real, mi dilecto señor, es que sucedió el extraño fenómeno. Vos, como si lo presintierais, permanecisteis lleno de nerviosidades y no en el largo letargo que os era habitual cada jornada hasta las horas preambulares de la procreación. Y, ciertamente, que nada tenía que ver aquella desazón con el sereno iros al lecho cotidiano para dar al mundo vuestro vástago vespertino. Repito que todo parecía barruntar la excepción inminente e, incluso, la naturaleza extranjera ponía un contrapunto de agitación al espeso ámbito de intramuros del castillo. Recuerdo que cantó el buho exterior y culebreo una centella por toda la desolada lividez del firmamento. Y, cuando alcé las sábanas ensangrentadas, ví que la criaturita que se retorció en las primeras angustias del vivir, entre vuestras piernas, no tenía las patentes muestras de virilidad de todos vuestros productos anteriores.

DON.- (Grito desgarrador pero, como siempre, visiblemente representado). ¡Leidi! ¡Leidi! ¿Por qué me brotaste!?

BONI.- Y en las cocinas del castillo las sibilas dieron fe del extraño fenómeno.

DON.- ¡No! ¡No! ¡No!...!Las sibilas no! ¿Por qué no se convocaron los profetas, o los augures, o los echadores de cartas, o los pitonisos húngaros? ¿Por qué las malditas féminas? Ellas se conjuraron contra mí, enros caron sus vaticinios alrededor de mi futuro, como ramas de traidora yedra.

BONI.- En las cocinas del castillo se reunieron las sibilas y, una vez bebido el anís y comidas las castañas, establecieron el oráculo.

DON.- ¡Inútil!... Tan pronto como recobre mis fuerzas, tras el sobreparto, lo anulo mi decreto.

BONI.- Las sibilas y las entrañas del marrano y la conjunción de Casiopeda y del Perro estaban de acuerdo. De Leidi vendría el sucesor del señor DON.

BONI.- ¿Pero cómo? ¿Donde habrá de encontrar carne diferente que la hinche de sucesor?. Cada carne ocupa un nivel del castillo y se ha dispuesto que ambos queden cerrados sobre sí, estancos, comunicables...Escuelas para los unos y escuelas para las otras. Y las salas de billar, y los comedores, y los dormitorios, y las salas de baile, y los auditorios...Todo, todo igualmente separado y aséptico. A mí mismo, con ser el que soy, no me es permitido enfangarme en cohabitaciones bochornosas. He de ser fecundado con el poder de mi propia mente. Así lo dispuse.

BONI.- Sin embargo, los designios del hado pueden cumplirse, quien sabe por qué recónditas razones.

DON.- (Gemebundo). ¡Recreate en hurgar en mi dolor, recreate! ¡A mí, que prometí llevar siempre vivas a tu tumba mil veces al año y durante mil años, así me pagas!.

BONI.- No yo, mi poderoso señor. Sólo soy un humilde cronista.

DON.- (Seco, como dejando de "representar" su desamparo). Te mandaré azotar. Ahora da la hora

BONI.- (Baja de la cama. Da la vuelta al reloj de arena. Vuelve a subir a aquella). La hora suprema, excelencia. Subid al le-

cho. (DON sube al lecho y BONI lo recibe con una gran reverencia). ¡Bienvenido al tálamo, mi ángel!

DON.- ¡Me da una verguenza!...

BONI.- Es necesario. La perpetuidad está por encima de los rubores, por legítimos que los tales sean.

DON.- ¡Ciertamente que me consume la sed de eternidad!

BONI.- ¿Bailamos, bello enano?

(Reverencia aquiescente de DON. Música de ritmo brutal y desgarrado pero que es seguido por la pareja con gran parsimonia cortés).

DON.- ¡Turbame! ¡Fascíname! ¡Embriágame!

(Entre compás y compás y en medio del "cuento" relatado por BONI, este y DON se intercambian prendas de sus atuendos hasta quedar el primero con el traje de gala y el segundo con el de dormir)

BONI.- Erase una vez un remotísimo país en el que habitaba un capitán de dragones tan apuesto como un pobre, pues sólo poseía un gato con botas, una piel de asno y una espesa barba, tan negra, tan negra que despedía destellos azulados...
Macho, el tío...

Y sucedió que el coronel de lanceros era profundamente desgraciado pues sus hermanastros, con ser sargentos de menor graduación y mucho menos agraciados, hasta el punto de ser francamente dos enanos, le obligaban a fregar, a barrer, y a sacar brillo de la plata en la noble mansión de sus mayores. ¿Me escuchas, bello príncipe?...

DON.- Te escucho, aunque se me desmaya la imaginación por esta seda de tu escote...

BONI.- Y sucedió que frotó aquella lámpara que le diera su confesor y aparecieron siete enanitos tirando de una calabaza. Aunque tal vez fueran ocho. Para que veas lo prolíficos que podeis ser los de menguada estatura.

DON.- Todo eso es de importancia secundaria. Lo que cuenta es el terciopelo hipnotizador de tu voz.

BONI.- Y sucedió que el anciano monarca mandó que se probaran las botas de montar todos los brigadieres del reino y sólo al humildísimo bufón, feo como un sapo, le vino la corona a la medida...

DON.- ¿Y qué hizo el tío?

BONI.- Le dió un beso de amor en medio de la manzana y tuvieron muchos hijos varones que llenaron de satisfacción al buen anciano. ¿Te sientes suficientemente excitado con la historia mi bello enano?

(Se termina el intercambio de prendas. Cesa la música y el baile).

DON.- Henchido.

BONI.- ¿Inundado?.

DON.- Grávido. Como un cofre repleto de estampas.

BONI.- Reposaos.

DON.- Descuida, mi apuesto bardo. Preservaré en mi delicada situación.

BONI.- Adios ahora, milord.

DON.- (Desgarrado). ¿Así me abandonas? ¿En tan delicado estado?.

BONI.- ¿Y qué quieres que haga?. Sólo puedo participar en la operación con mi distante, aunque atenta, amistad...

DON.- ¡Pero tú fuiste responsable conmigo! ¡A medias lo encargamos!.

BONI.- Perdón, monseñor. Yo sólo puse la magia de mi verbo. Todo lo de la carne fué cosa vuestra.

DON.- (Tentador). Te recompensaré con la Gran Orden del Elefante. Con el grado de Gran Placa. Sólo tienes que seguir haciendo de mi mismo.

BONI.- Hay límites, pobre mío, que el teatro no puede traspasar. Los bufones no fuimos creados para perpetuar la raza. En todo caso, para adornarla. Esa es misión de la clase de los señores. (Baja del lecho). Y habreis de cumplirla, ¡ay!, en la más muda de las soledades.

DON.- ¡Y bien amarga que es la del auriga que debe conducir el carruaje!.

(Abajo LEIDI enciende otro candelabro al extremo opuesto de la mesa. BONI, con gran ceremonia, alza las ropas bajo las cuales se habrá arropado completamente DON, cubriendo, pudicamente, su uniforme).

BONI.- ¿Comenzais ya a sentirlo?

DON.- Un poquirritín. Como un arañeo. Pon aquí el oído.

(BONI lo hace sobre la barriga de DON).

BONI.- Se diría un jilguerillo que picase y picase los bordes de la vida.

(DON da un grito espeluznante, brutal, que contrasta con el pausado ritmo ceremonioso de las frases anteriores. BONI permanece tranquilo). ¿Qué os sucede?.

DON.- ¡Teresa! ¡Teresitaaaaa!

BONI.- Aquí estoy, ángel mío.

DON.- ¡Ay, Abelone! ¿Cómo pudimos, di...? ¿Cómo pudimos?

BONI.- (Lírico). Yo tenía una de mis violentas melancolias y tú llevabas aquel vestido profundo y transparente, como un agua con berros...

DON.- ¿Y por qué olía a verbena la seda de tus hombros? ¿Por qué te pusiste el traje de chambelán y, sobre la áspera pechera que erizaba mi carne, La Orden del Elefante?.

BONI.- El destino que cada cual porta dentro de sí, como una fruta entre las ropas secretas del armario matrimonial.

DON.- (Con otros grandes gritos). ¡Me deshilo! ¡Me voy! ¡Me desencuajo! ¡Confortación, confortación! ¿Nadie es a acompañarme en estas angosturas?. ¡Abelone! ¡Abelone!

BONI.- ¡Un poco de estoicismo, milord!. Con un último empujoncete os vereis desenjaulado de los barrotes del tanto padecer. ¡Vamos, vamos...!

DON.- (Con un suspiro hondísimo). ¡Ya!.

BONI.- ¿a y est?.

DON.- Sí. Consumatum.

BONI.- (Señalando la clepsidra). Tres décimos de arena menos que anoche. Lo conseguireis en un suspiro bien pronto.

DON.- Déjate de tiempos y dime el resultado. Me corroe la impaciencia.

- BONI.- Tal vez, si supierais el día en que vivimos, os ahorraríais tan sufrida incertidumbre.
- DON.- ¡Está bien, cobra: haz que tu colmillo segregue un poco más de ponzoña! ¡Destroza la inmarcesible sublimidad de este momento! ¡Habla!.
- BONI.- Sólo quiero recordaros que hoy es miércoles.
- DON.- Pero lo que ha sucedido mil veces, puede cambiar de signo la mil y una.
- BONI.- ¿Esperais acaso otra...?
- DON.- (Interrumpiéndole). ¡Silencia la abyecta palabra! ¡Ten cuenta del dormidito!.
- BONI.- Perdón, excelencia. Cada uno de vuestros vástagos me hace olvidar los precedentes. (Se pone unos guantes largos de goma roja. Cubre la parte abdominal de DON con una sábana). Puedo proceder?.
- DON.- Tienes nuestra venia.
(BONI hace la mímica de levantar pausadamente hacia los techos algo que finge haber cogido entre las ropas de DON).
- BONI.- Quince de octubre, Miércoles. Un varoncito.
- DON.- (Anhelante). ¿Entero?.
- BONI.- Saledizo de la parte de añoses como un morueco.
(Voz entre gemebunda y temerosa de debajo de la cama)
- VOZ DE PTI PRANS.- ¡Ay, infelice de mí! ¿Qué gruta refrescará mis tiesas lumbres con tanto varoncito? ¡Ay, desdichado! ¿Quién te ofrecerá concavidades?
- DON.- ¡Qué vergüenza! ¡Vino a oírlo todo!
- BONI.- ¿Qué tiene de particular? Chillabais como una parturienta.
- DON.- Tendremos que poner más sigilo desde mañana mismo.
- BONI.- Tendremos.
(Se acerca al árbol y descuelga un "poster" sustitutivo y lo tira debajo de la cama. Param las lamentaciones poco a poco. LEIDI, abajo, coloca debajo de la gran mesa un infiernillo y lo enciende).
- DON.- Dejame mecerlo un poquitín.
- BONI.- Cuando lo tengamos en su jaulita. Antes no lo permite la etiqueta.
- DON.- Dime, al menos, de que bichirrinín se trata. ¿Leoncito? ¿Lo-bezno?...
- BONI.- No.
- DON.- ¡No me digas que hemos conseguido uno de esos hipogrifos tan raros...! O un pequeño ejemplar de salamandra. ¡Sería demasiado maravilloso! Nos faltan en la colección.
- BONI.- No, mi serenísimo señor. Nada de animales fabulosos. Simple y sencillamente un hombre común.
- DON.- (Hipocritamente decepcionado). Sólo nos faltaría que no nos llegara del todo cuerdo.
- BONI.- (Notarial). Se ignora tal extremo. Surgió con la razón tan helada como el resto de su naturaleza. Los miércoles monseñor sólo pare cadáveres.
- DON.- (Salta de la cama al suelo). ¿Y qué bajaré ahora a mi querida Leiducha para la hora de la cena? Ella, que siempre está esperando un regalito de carne diferente...

EL DESVAN
 DE LOS MACHOS Y EL SO
 TANO DE LAS HEMBRAS EL DESV
 AN DE LOS MACHOS Y EL SOTANO DE
 LAS HEMBRAS EL DESVAN DE LOS MACHO
 S Y EL SOTANO DE LAS HEMBRAS EL DESV
 AN DE LOS MACHOS Y EL SOTANO DE LAS HEM
 BRAS EL SOTANO DE LOS MACHOS Y EL DESVAN
 DE LAS HEMBRAS EL DESVAN DE LOS MACHOS Y
 EL SOTANO DE LAS HEMBRAS EL DESVAN DE LOS
 MACHOS Y EL SOTANO DE LAS HEMBRAS EL DESVA
 N DE LOS MACHOS Y EL SOTANO DE LAS HEMBRAS
 EL DESVAN DE LOS MACHOS Y EL SOTANO DE LAS
 HEMBRAS EL DESVAN DE LOS MACHOS Y EL SOT
 ANO DE LAS HEMBRAS EL DESVAN DE LOS MACH
 OS Y EL SOTANO DE LAS HEMBRAS EL DESVA
 N DE LOS MACHOS Y EL SOTANO DE LAS H
 EMBRAS EL DESVAN DE LOS MACHOS Y E
 MBRAS EL DESVAN DE LOS MACHOS Y
 EL SOTANO DE LAS HEMBRAS EL
 DESVAN DE LOS MACHOS Y
 EL SOTANO P

PERSONAJES

DON
 BONI
 PTI PRANS
 LEIDI

- BONI.- Me quito esa sangre corrompida de encima y en seguida soy de nuevo con el oficio.
(Se quita los guantes rojos. Coge un estuche de pinturas y una paleta que habrá colgados en el árbol)
- DON.- ¡Sal tú, hijito! ¡Llegado es tu gran momento!
- VOZ DE PTI PRANS.- ¡No saldré, no!. Todavía tengo endoloridos todos los lomos.
- DON.- Te prometo quitarle la escoba a este hombre malo. Anda sal a conocer a tu nuevo compañero de estancia.
- VOZ.- ¡No y no!. Estoy harto de tanto macho. La habitación apeseta a tío. Si no es una hermanita linda no salgo.
- DON.- ¡Me obedeceras, cuerpo de un perro! ¡Vaya si me obedeceras. (Coge el escobón. BONI se lo quita).
- BONI.- No hace falta ser tan extremoso con el muchacho. El lenguaje, mi señor, hace milagros con estas naturalezas díscolas. Dejadme a mí.
(Coje del árbol un instrumento musical, de preferencia una guitarra de "cantor protesta". Canta, acompañándose de ella, con voz de vicetiple vieja y encanallada).
Yo soy la lagarta,
del culín rosado
y tengo jaraba
debajo del rabo.
Lagarto, gartico,
sal del agujero
y dame tu hocico....
(Arpegio. Se inclina a tocar el guitarra cerca de los bajos de la cama. Tampoco estaría de más un flautín de encantador de culebras).
Yo soy la lagarta
del culín morado
y aquel que lo pilla
queda embelesado.
Lagarto, gartico,
sal del agujero
y dame gustico.
(Guitarreo más aproximativo)
Yo soy la lagarta
del culín dorado:
verá el paraíso
quien quiera catarlo.
Lagarto, gartico,
sal del agujero,
sal del escondrijo....
(Más trémolos. PTI PRANS asoma medio cuerpo por debajo de la cama)
- DON.- Hola, hijo.
- BONI.- Demostrado quedó. La violencia es maniobra suprema cuando existe una poesía que la supla. ¿Qué sería de las Grandes Casas si no contasen con los servicios de un cantante?
- PTI PRANS.- (Todavía arrastrándose para salir de debajo de la cama)
¡Ay, infelice de mí! ¡Ay, mísero! ¿Quién lamerá las llagas de mi soledad? ¿Qué canora delicia mitigará mi abandono?.

BONI.- Anoche era anoche. El mundo es perfeccionable.

LEIDI.- ¿Cómo pudimos, Raul? ¿Cómo pudimos, dime?

BONI.- (Lírico, tomando una mano de LEIDI). Yo tenía una de mis violentas melancolías y tú te habías envuelto en aquel vestido profundo como un agua con berros. Yo me había engalanado la casaca de invierno con la Orden del Elefante. Tus ojos eran como niebla en el bosque y la seda de tus hombros despedía despedía un perfume a mar y a verbena...

DON.- Bueno ¿acabais o no? ¿Tenemos o no tenemos descendencia?

BONI.- (Levanta el vestido de novia, escruta debajo. Gesto de desolación). Ni rastro... Tal vez estuviera equivocada de fecha y hoy también sea uno de esos miércoles de parir vientos.

DON.- ¡Amargo sino el mío, ese de ser último extremo de mi estirpe!

BONI.- No desesperéis, mi buena señora: hay muchos días en los calendarios...

LEIDI.- Yo ya cumplí mi parte de impostura. ¿Cenamos ahora?

(Se pone en pie con toda rapidez)

DON.- (Lento, muy grave). Cenemos. Pero, ¡ay de nosotras y qué triste resulta un cortejo de mujeres solas alrededor de la mesa!

LEIDI.- Lóbrego es siempre un banquete de exequias.

(Baja por el infiernillo, que durante todo el tiempo ha permanecido ardiendo, y lo lleva, con la solemnidad ceremoniosa que ya ha de tener, en adelante, el desarrollo de la escena. Puede sonar, como música de apoyatura, una misa de requiem) Del tústano de la tierra, del eje de la lluvia, de los estribos del fuego, surgirá el Todo. De la mezcla del Todo con la Nada surgirá la piedra verde. De la piedra verde surgirá el zumo de la negación. Del zumo de la negación surgirá mi libertad... El líquido ya ha cuajado en el bello estado de la plenitud. Acerca la copa, amita.

BONI.- (Saca una gran copa tallada del fondo del arca. Recita, sacerdotal). ¡Y cualquiera que sea el resultado de los augurios nos sentaremos en la mesa familiar y daremos su merecido a los que nos trajeron a este mundo de desolación! ¡Está decretado!

(BONI hace descender el gran sillón de lo alto de la mesa y lo coloca a nivel de la escena, en el centro de aquélla.

DON se sienta sobre él. LEIDI ocupa uno de los extremos, sentándose en una sillita plegable que BONI le habrá sacado de la arqueta. El fuego queda, mágico, en el centro de la mesa)

DON.- Ahora, fidelísima Bonifacia, antes de que nos sean servidos los manjares preparados por las cocinas oscuras, haz pasar a los trovadores y que pongan con sus músicas un contrapunto apropiado a la solemne melancolía de esta parda hora...

(BONI, da una voltereta y acude a sacar el instrumento - preferible una trompeta original, de tono agrio - con que se va a acompañar, de la arqueta)

BONI.- Nobles damas, los bufones y los trovadores os saludan.

(Canta dando saltos y piruetas alrededor de la mesa; debe recordar a los bufones medievales amenizando el banquete de los señores del castillo. DON y LEIDI se contemplan, con híznotizamiento mutuo, a través de la llama que los une y los

- BONI.- (Misma voz femenina y encanallada). Yo, piojito. Puedes apostar lo.
- DON.- Ahora, hijo, si te dejas sacar bonito, papá te dejará el libro de versos que tanto te gusta.
- PTI PRANS.- ¿Ese de las estampas tan cosquilleantes?.
- DON.- El mismo, hijo.
- PTI PRANS.- Me estará tan quietecito como el hermano buey. Os creéis que estoy disecado en mi jaulita. Ya vereis.
(BONI coloca a PTI PRANS como si se tratara de un modelo de academia. Lo "pinta" sobre una de las estampas, ya impresas, que descuelga, como siempre, del árbol. Puede usar, como caballete, el gran facistol. DON entrega a PTI PRANS un libro que también colgaba del árbol)
- DON.- Toma, hijo. Entretanto a tu antojo.
- PTI PRANS.- (Leyendo, mientras BONI pinta).
¿Adonde te escondiste,
amado y me dexaste sin gemido?
Como el ciervo huiste
habiendome herido,
salí tras ti clamando y ya eras ido.
- DON.- Burbujeante, ¿eh?.
- PTI PRANS.- ¿Por qué, pues has llagado
a aqueste corazón, no lo sanaste?
y pues me los robado
¿Por qué así lo dexaste
y no tomas el robo que robaste?
- BONI.- (Recolocando la vestimenta del modelo). Un poco más abajo el trapito. Que se vean un poco más los ijares. Así está más propio.
- PTI PRANS.- (Acercandose a ver el "trabajo"). ¿Y le gustan así de desnudos a la hermanita del sótano?.
- DON.- Le encantan.
- BONI.- ¿Me pintarás uno igual de ella luego, cuando bajes a cenar?.
- BONI.- Claro, mi lucero. Con botas rojas por encima de las rodillas y un casi nada de pantaloncitos.
- PTI PRANS.- Me gusta más con liguerito lila. Como ésta del libro.
- BONI.- Te lo pintaré como tú quieras, granujilla.
- DON.- No te preocupes de mañana, hijo. Y sigue recreandote con esa maravillosa imaginación con que fuiste dotado.
- PTI PRANS.- (Vuelve a su lectura).
Vamos a la dulce floresta
de natura no fuera escasa,
donde haciendo alegre fiesta
la más calurosa siesta
con más deleite se pasa.
Allí, en bosques y prados...
- DON.- (Tajante). La hora.
- BONI.- (Contemplando, a media distancia su obra). ¡Concluido! ¡Finito! No cabe duda que sin la fantasía de los artistas la cotidiana realidad terminaría por agostarse.
- DON.- A la cama tú, hijo. A estas horas todos los niños como es debido se meten dentro de sus sabanitas.

PTI PRANS.- Sí, papá. (A BONI). Pero tú no te olvides de traerme el retrato de la hermanita con el liguero malva. No me quedan estampas para que me hagan distraída la siesta.

(Vuelve debajo de la cama con gran ruido de cadenas)

DON.- ¡La Providencia nos asista! ¡Cómo se me ha pasado el tiempo! ¿Que haces que no das la hora?

(BONI da la vuelta a la clepsidra)

BONI.- ¡Hora es ya entregarse a la velada familiar del fin de la jornada!

DON.- Ciertamente que nada hay que resulte más reparador de los embates de cada día...

(Se quitan las prendas y se las intercambian. Luego guardan en un arcón o baul todos los objetos que quedaban colgados en la rama del árbol y que se enumerarán en la segunda parte a medida que sean sacados de aquél. Entretanto, LEIDI, abajo, ha encendiendo una hilera de cirios dispuestos a lo largo de una serie de estampas, todas iguales, colgadas de una cuerda, como ropa tendida, al fondo de la escena. Se trata de reproducciones idénticas a la que acaba de pintar. BONI tomando como modelo a PTI PRANS acusadamente "sexy". Queda, al extremo de la cuerda, un hueco sin estampa)

¡Hijita! ¡Leidi! Alumbra un poco hacia acá y mira la hermosura de hermanito que te bajamos esta noche. ¡Pujante como un caballote!

(LEIDI levanta uno de los candelabros con el brazo extendido totalmente. DON y BONI comienzan a bajar con muchas precauciones, cargados con el baul)

BONI.- (Voz de vieja cascada). ¡Pobre de mí! ¡Apenas si la traidora reuma me deja ya descender estos escalones del desván!. ¡Cada día me parecen más pinos los muy puñeteros!. A las viejas sirvientes, viejas e inútiles como una, ¿ás valiera que se las llevara de una vez la Segadora. Así dejaríamos de ser unos estorbos para nuestros nobles amos.

(Al llegar abajo saca del arcón la estampa. Últimamente pinta da y la cuelga en el hueco del extremo)

El de hoy lo encuentro más arrogante que ninguno, ¿no crees, palomita?

OSCURO

Al encenderse las luces todo permanece como si no hubiese existido solución de continuidad con la parte anterior (incluso puede prescindirse del intermedio). BONI y DON depositan el pesado arcón. Esparcidos por el suelo de la escena se encuentran diversos objetos que van a servir de apoyatura a la acción: una gramola de principios de siglo de gran altavoz tipo "La voz de su amo"; una percha de las llamadas de "árbol"; un enorme sillón de madera tallada que debe hacer juego con el lecho de la primera parte, es decir, del desván. Deberá existir una escalerilla que permita el acceso a la parte superior de la gran mesa.

DON sube a lo alto de la misma. LEIDI, en cuclillas debajo de ella, coloca una marmita sobre el infiernillo encendido y vacía en aquélla el contenido de un pequeño matraz. Efectúa diversos "pases" mágicos sobre el recipiente.

LEIDI.- (Voz lóbrega). Del túetano de la tierra, del eje de la lluvia, de los estribos del fuego, surgirá el TODO. De la mezcla del Todo con la Nada surgirá la piedra verde. De la piedra verde surgirá el zumo de la negación. Del zumo de la negación surgirá mi libertad. ¡Arde, fueguito, arde...!

(El uso fingido de la voz femenina por parte de los actores se considera preferible a la conservación de su propio tono)

DON.- ¡Bonifacia!

BONI.- ¿Señora...?

DON.- Mi sillita de labor.

BONI.- Al punto, mi señora.

(Coge el gran sillón y lo sube a lo alto de la mesa con grandes fatigas. DON se entroniza. BONI desciende al nivel de la escena)

DON.- ¡Bonifacia!

BONI.- ¿Señora...?

DON.- Mi labor.

BONI.- Al punto, mi señora.

(Le sube una gran labor de punto de varios metros de larga, color rosa. Desciende BONI)

DON.- ¡Bonifacia!

BONI.- ¿Señora?

DON.- Mi rueca.

BONI.- Al punto, mi señora. (Sube dos agujas de hacer punto. Antes de entregárselas se arrodilla delante de DON). Si me lo permite vuestra gracia, osaría indicarla que su merced haría mejor en reposarse de tanta fatiga como le ocasionan sus altos deberes.

DON.- Trae acá la rueca y dejate de aconsejamientos que nadie te ha pedido.

BONI.- No obstante, tanto el mucho respeto como el extremado cariño que siento hacia mi dueña y señora me obligan a insistir en que una siestezuca la sentaría divinamente.

DON.- ¡Basta, arrastrada! ¿Quieres que me nazca un sucesor definitivo sin que tenga nada con que cubrir sus tiernas carnicetas? ¡Dame acá ese chisme!

(Quita las agujas a BONI con rudeza. Comienza a tejer. Al iniciar BONI su descenso se apresura a destejer a toda prisa la larga prenda y continúa con esa operación durante el tiempo que permanece sola sobre la mesa)

LEIDI.- ¡Arde, libertad mía, arde! ¡Destila todo el veneno estancado en tu entraña!

BONI.- (Poniéndose de cuclillas, junto a LEIDI). ¿Qué te traes entre manos, ahí, tan calladita?

LEIDI.- Ya lo ves, nodriza: jugando con estos cacharritos. Y en paz conmigo misma.

BONI.- ¿Y no crees, palomita, que a tu edad harías mejor entreteniéndote con los regalos que te hace la mamá a diario?. Sacar lo que está oculto en el fondo del armario de los venenos puede llegar a ser muy engorroso.

LEIDI.- ¿Venenos...? ¿De qué venenos hablas?

BONI.- Todas las partes bajas del castillo, todos estos ámbitos que te pertenecen por entero, los tienes llenos de pelucas, de tocadiscos, de guitarras... ¡Y la colección de estampas más hermosas del mundo! ¿Por qué, entonces, andar enredando con el caldo de esa marmita que huele todo a solimán?

LEIDI.- Te equivocas, nodriza. Juego precisamente con lo que quiere la mama. Ese caldo es tan solo comidita para las muñecas.

BONI.- Si fuera solimán, ya sabría yo a quien darselo.

LEIDI.- (Exageradamente "inocente") ¿A quién, nodriza?. (Señalando hacia DON, a través del tablero de la mesa). ¿A quién habría de ser sino a ese espantajo reseco de ahí arriba...?

DON.- (A gritos, parando de destejer). ¡Bonifacia!
(BONI sale precipitadamente de debajo de la mesa. Se pone a cambiar de sitio todos los objetos de la escena con gran precipitación)

BONI.- ¿Señora...?

DON.- ¿Qué haces ahí abajo, gandula?

BONI.- Pongo un poco de orden en todos estos bartulos. La niña no deja de revolucionar con ellos.

DON.- Más valen esas revoluciones y no otras en que te iba a oler el pellejo a chamusquina.

BONI.- ¿A mi, señora?. Sólo soy una humilde sirvienta, incapaz de parir ni para bien ni para mal: un útero totalmente imparcial.

DON.- ¡Ya verías, ya!. Pero vamos a dejar la cuestión y sube a hacerme un poco de compañía. La soledad me atenaza en esta hora crepuscular.

(Asciende BONI, se arrodilla delante de DON y pone la cabeza en su regazo. Este le acaricia la cabeza como si se tratara de un perro grandote)

BONI.- Si la señora quisiera tomar en consideración las palabras que brotan del corazón más leal y devoto a vuestra señoría..

DON.- Habla, Boni querida. Tú eres como una más de la familia. Al fin y a la postre también has nacido en el castillo.

BONI.- Y mi madre. Y la madre de mi madre. Y la madre de la madre de mi madre. Y la madre primigenia de todas las madres.

DON.- Lo sé, lo sé... No creas que ignoro cuanto le debe esta mansión a la devoción de sus guardeses. Pero dime lo que pretendo sugerirme.

- BONI.- Que en vez de tantos mimos con esa fierecilla de abajo, debierais usar de mayor severidad. Unos azotes a su debido tiempo hacen milagros.
- DON.- Odio la violencia. ¿No lo sabias?
- BONI.- Claro que sí: es oficial. ¡Sin embargo, quiera la Providencia que algún día no os arrepintais!.
- DON.- Dejate de tus consabidos refunfuños y dime, de una vez, dónde quieres ir a parar.
- BONI.- Simplemente quisiera hacer comprender a vuestra gracia que tanta liberalidad no puede conducir a nada bueno.
- DON.- No te preocupes, Bonifacia. Yo me sé bien como proceder bien con la niña. Después de todo sólo la tengo a ella en el mundo. ¿Qué tiene de particular que, de vez en cuando, le regale alguna cosilla?.
- BONI.- ¿De vez en cuando...?. Cada noche, con la estampa del hermanito último, le bajais un arcón lleno de cacharros.
- DON.- ¡Qué sabrás tú de la imaginación de los señores?. Pero no me distraigas más. Hoy me tengo que terminar este delantero.
- BONI.- Como su señoría disponga. Pero, por favor, no echeis en saco roto las recomendaciones de los que bien os quieren.
(Baja de nuevo. Se acurruca junto a LEIDI que está machacando una piedra verde en un almirez. Tan pronto como BONI pone el pie en la escalerilla de bajada, DON comienza a destejer como anteriormente. Lo va haciendo cada vez más lentamente a medida que, dando cabezadas, se va quedando dormido/a)
- LEIDI.- ¿Qué hace la mamá?
- BONI.- Desteje la mañaneta rosa del niño que no tendrás nunca...
¡Preocupaciones de abuela!
- LEIDI.- ¡Pobre mamá...!
- BONI.- Pobrecita, sí...
- DON.- (Como agitada por la pesadilla). ¡No más sangre! ¡No!
- BONI.- ¿La oyes?. La sangre que chupa durante la vigilia la rebosa en las pesadillas. ¡Lo que se dice una siesta de araña, ahíta de moscas!.
- DON.- ¡Basta, nodriza!. Esa persona a la que te diriges con tan pocos miramientos no sólo es tu señora natural, sino, también, la autora de mis días.
- BONI.- ¡La equivocación de una tarde perdida entre las tardes: sólo éso!. Además, no me salgas ahora con tus pujos de hijita respetuosa. Aunque a los de mi condición no les haya sido otorgado el echar crios por entre las patas, bien tuve que cargar contigo desde que no eras sino un gusarapete de nada, una lombricilla... ¿Y quién te llenó el pico de papilla? ¿Quién te quito la caca de encima? ¿Quién los lagrimones cada vez que esa zurrón de ahí arriba te regañaba?. No lo dudes, paloma, ¡tu verdadera madre soy yo!
- LEIDI.- Pero la naturaleza no es la historia, mi buena nunú. La sangre es la sangre.
- DON.- (Vuelve a sobresaltarse entre sueños). ¡No más sangre!. La llanura está llena de hijos sanguinolientos salidos de tus sucias tripas. ¡Cierra ya la espita de parir, hija maldita! Cada vez que te revuelcas con un hermano, engendrais un leproso armado del puñal parricida. ¡Cierra la espita, so perra!.

(BONI da repetidos golpes, con un palo, por debajo de la mesa)

BONI.- ¡Calla ya, reina!. Toda esa porquería de sueños acabará por escandalizar a mi paloma.

(DON ronca durante un rato. En ese tiempo, las dos agazapadas contemplan como hierve el líquido de la marmita al que LEIDI ha añadido el contenido del almirez)

LEIDI.- ¡Desgraciada anciana...!. Si supieras escuchar las virulentas palabras de una de las que comen tu pan, seguro que estarías llorando de dolor.

BONI.- Ten por cierto que no. La única manera de que reventase sería rellenándole los cueros con esa ponzoña...(Señala la marmita).

LEIDI.- ¿Ponzoña, dices?. Sopita de perejil para las muñecas, ama. Sólo éso.

DON.- (Levantándose, como sonámbula, de su sillón). ¡Que me traigan al instante mi verdugo mayor!. Arrástras, si fuera preciso. ¡Y que no coma ni duerma ninguno de su oficio hasta que me limpien el reino de recién-nacidos!

BONI.- Ya vuelve a las andadas.

DON.- ¡Que no escape ninguno! ¡Rastread los arrabales, sondead las alcantarillas!. Antes de que anochezca quiero las cabezas de todos los que no han traspasado la adolescencia. Uno sólo es capado de la matanza y se cumplirá lo escrito. ¡A lo más hirsuto del bosque con ellos! ¡A las fieras, a las fieras...! (Golpe desde abajo. DON se sienta; ronca en seguida)

LEIDI.- ¿No sería mejor despertarla?. Esas ensoñaciones deben de hacerla sufrir horriblemente.

BONI.- Escucha hasta el final lo que se trae en el buche.

(Otro tiempo. Ronquidos supremos de la parte superior)

LEIDI.- ¡Pobre mía!. Su sueño, a Dios gracias, parece ahora más segado.

DON.- (Con nuevo sobresalto). ¡Uno sólo que no sea engullido por las alimañas y será el que se meará en las tapicerías de la sala de respeto, el que se ciscará en los terciopelos del trono, el que arrojará mis huesos tristecitos al pudridero insondable. (Un silencio tras el cual la dormida da un gran berrido pesadillisco). ¡Maestresala!

BONI.- (Sin moverse de su agazapada postura). Al instante soy con su magnificencia.

LEIDI.- ¿A qué juegas, nodriza?

BONI.- Siguiéndole la corriente podremos descubrir hasta las últimas sabandijas que le nadan por la sesera. Verás.

DON.- ¡Maestresala! ¡Maestresala!

BONI.- ¿Mileidi?

DON.- ¿Qué sorpresa me han preparado hoy las cocinas para el ágape nocturno?

BONI.- Cuando levanteis, durante la cena, el gran cubrefuentes de plata, hallareis un lechoncito muy del gusto de la señora...

DON.- ¿Un lechoncito?

BONI.- Vuestro único heredero. Asadito, doradito y con su ramita de perejil entre los dientes de leche.

- DON.- ¿Con su miajita de yerbaluisa?
- BONI.- Y unas olivillas de vuestro huerto privado.
- DON.- Vale. Condecoradme al cocinero jefe. Ascendedmelo a verdugo. Y que se toque a queda: quiero dormir la paz subsiguiente. (Se resienta en el sillón, estira las piernas con satisfacción. Ronquidos pacíficos).
- BONI.- ¿Acónito dijiste? ¿O era mercurio?
- LEIDI.- ¡Qué terca, nodriza! Sopa verde. Solamente caldito verde.
- BONI.- Te dejo, paloma. Es hora de despertar a la harpía.
- LEIDI.- Aguarda un momento.
- BONI.- ¿Qué tripa se te ha roto ahora?
- LEIDI.- Si ese mejunje fuera, en realidad, el solimán que dices, ¿qué crees tú que pasaría después de beberlo la mamá?
- BONI.- ¿Qué pregunta, tortolita!. Subirías al lecho de arriba y te convertirías en el amo. El que establecería los calendarios y las horas y el único autorizado para parir.
- LEIDI.- (Muy suave). ¿Y tú, mi amada nodriza?
- BONI.- Sería el bufón más fiel a su señoría. Hasta el sacrificio supremo.
- LEIDI.- Así que beberías la sopa que mi hija me sirviese durante la cena.
- BONI.- Sin vacilar. Sería el catavenenos más adicto a vuestra gracia.
- LEIDI.- Está bien. El castillo tiene sus raíces bien agarradas. Ve a despertar a tu ama. La hora de la cena se va demorando en demasía.
- BONI.- (Sube junto a DON, le sacude violentamente). ¡Despierta, cerdo!. (DON lo hace sobresaltado. Voz melíflua de BONI). ¿Tuviste felices sueños, amita?
- DON.- Un serafín no los tiene mejores. ¿Está la cena pronta?
- BONI.- Sin duda que soñabais con el señor, cuando vuestras nupcias
- DON.- ¿Por qué supones que mis sueños son frecuentados por esas in-
decencias?
- BONI.- Entonces sería cuando el señor vino a pedir vuestra mano. Aún me parece verlo, rígido y apuesto, dentro de su uniforme de gala.
- DON.- No. Tampoco soñaba con éso. Pero, en vista de lo curiosa que eres, te diré con lo que era: el destino me concedía un nietecito.
- BONI.- ¿Por fin?
- DON.- Por fin.
- BONI.- ¿Macho?
- DON.- (En voz baja). ¡Habla más recatado, lenguaraz!. También en esta planta eres el mismo. ¿Quieres, acaso, soliviantar a la niña?. (En tono normal). Un nietecito capaz de retomar la antorcha con toda la energía de su virilidad recién estrenada.
- BONI.- ¿Y era rubito?
- DON.- Como el mejor de los oros.
- BONI.- ¡Bien contenta que se pondrá la palomita cuando se entere de la buena nueva!.
- DON.- ¡Ay, mi buena Bonifacia: no lances las campanas al vuelo!. Una cosa son las ensoñaciones y otra, desgraciadamente, la hosca realidad!. Para que se cumpliera ese sueño mi hija ha

bría de hallar un varón que le nutriese la desolada entraña.
Y no aparece ninguno que le cuadre.

BONI.- ¡Cierto es eso!

DON.- Ni el almirante de anoche.

BONI.- Ni el oficial de notarias del lunes...

DON.- Ninguno...

BONI.- Pero no hay que perder las esperanzas, señora. Hoy la lleva remos de nuevo al baile.

DON.- Pero ¿querra ir?

BONI.- Irá. Con tal de que le aflojen los grillos se dejaría conducir a los propios infiernos.

DON.- Así es. Deseosa está de que le suelten las riendas para acercarse al dichoso desván. ¿Tú comprendes eso?

BONI.- ¿Qué creerá encontrar allí?. Lo mismo se figura que tenemos encerrado arriba a un mismísimo macho desnudo.

DON.- ¡Silencio te digo, perro estúpido! ¡Vuelve a pronunciar la palabra proscrita y hago que te capen aquí mismo!. (Volviendo al tono melífluo). Lo mismo se lo figura, sí... Cuando lo único que allí encontraría, como tú bien sabes, serían las muestras de un pasado inmarchitable pero, ¡ay!, totalmente ajeno a su alocada juventud.

BONI.- El arbolito.

DON.- ¿Y qué podría decirle a ella tal higuera?

BONI.- Nada, desde luego. ¿Cómo podría ella saber que a su sombra os vió el señor por vez primera cuando vino a solicitar vuestras manos?

(LEIDI, siempre junto a la marmita, saca un libro e inicia una especie de letanía que sirve de contrapunto al "nostalgario" superior)

LEIDI.- Acónito.

BONI.- Y los huesecitos...

DON.- Los huesecitos, sí...

BONI.- De cuando el señor partió de viaje al mando de su gran fragata y le atacaron aquellas fiebres extranjeras. Cuando nos lo devolvieron, ya solo era unos huesecillos colocados en aquella arqueta de palosanto.

LEIDI.- Beleño.

BONI.- Y el arbolito.

DON.- El arbolito, sí...

BONI.- A cuya sombra enterramos la arqueta y vuestro vestido de desposada.

DON.- Color petunia.

BONI.- Despues mustió.

DON.- ¡Pobre acacia querida!

BONI.- La tapamos con los mantones de Manila de vuestra mamá.

DON.- Pero no volvió a verdecer.

BONI.- No.

DON.- ¿Y qué le dirían a ella las tacitas de porcelana en donde derramamos las acervas lágrimas de nuestro ahando.

BONI.- Y en donde yo os servía el chocolate y la ceniza.

DON.- Nada le dirían.

BONI.- Nada.

- DON.- ¿Y que le diría el que yo mandara colocar bajo las ramas de aquella encina mi cama de matrimonio?
- BONI.- Y, bajo el edredón de Manila, los huesecitos del capitán.
- DON.- Color petunia.
- BONI.- Nada le dirían.
- DON.- Absolutamente nada.
- BONI.- Nada de nada.
- DON.- Nada.
- BONI.- Nada.
- DON.- ¡Memoria ingrata la que no recuerda las glorias de sus orígenes!
- LEIDI.- ¡Arsénico!
- (Se deshace el grupo constituido por los protagonistas del "nostalgiano")
- DON.- ¿Qué dice la niña?
- BONI.- Se diría que reza.
- DON.- ¡Esa hija mia, ahí, encerrada con sus extrañas manías en lugar de salir en busca de un buen partido...!
- BONI.- Ahora que está ya en edad de asegurarnos la continuidad, bien que podía poner algo de su parte, desde luego...
- DON.- ¿Sabes una cosa, Boni?
- BONI.- Dígame la señora.
- DON.- A veces creo que esa muchacha es como un páramo estéril, incapaz de fructificar.
- LEIDI.- Belladona.
- DON.- ¿Qué dice la niña?
- BONI.- Bajaré a ver.
- DON.- Sí, baja y distraela de sus actividades mientras yo concluyo alguna vuelta más. ¡Ay, cuánto daría por verlas terminadas antes de ser reducida a polvo inmemorial!
- BONI.- ¿Cómo decís tal cosa, mi señora DOÑA?. Larga vida os espera rodeada de todas nosotras y del más adorable de los nietos.
- DON.- ¡El buen corazón que tú tienes y que intenta reconfortarme, ama!
- LEIDI.- Solimán.
- DON.- ¿Qué dice la niña?
- BONI.- Parece que dice "solimán".
- DON.- Anda, baja y haz que se dé el paseito vespertino por el castillo. Es la hora de que salgan los pretendientes.
- (BONI desciende a la parte inferior de la mesa. DON se apresura a destejer mientras canta)
- Ea la ea,
 ea la ea,
 ea...
 De carne de
 mi carne
 nacerá un infantito
 como una estrella...
 Ea la ea,
 ea la ea,
 ea...

LEIDI.- ¿Qué hace la mamá?

BONI.- Prepara su eternidad.

LEIDI.- ¿Trascendente?

BONI.- ¡Mierda jodida...!

LEIDI.- (Parte el libro que leía y da la mitad a BONI). Dulcamara.

BONI.- (Liturgico/a, conspirador/ora). Dulcamarus niger. (En voz altísima). Te aflojo estos alambritos y te visto de novia en un santiamén. ¡Ya verá mi jilguerillo en que vergel de mayo la convierto!. (Finge darle unas palmadas en las nalgas). ¡Y quien fuera el pícaro abejorrón que se posara en estas hojitas mullidas!.

DON.- (Siempre con su destejer continuo). Buen chico ese bribonzuelo de bufón. Habrá que ascenderlo a subteniente. (Canta)

Ea la ea,

ea la ea,

ea...

Como una estrella,

como un lucero,

como mil luminarias

será mi nieto...

Ea la ea,

ea la ea,

ea...

LEIDI.- Beleño negro.

BONI.- Helleborus niger... (Alto, para que lo escuche DON). ¡Hay que darse prisa, paloma!. Me apuesto a que ya habrá salido más de un galán, loco de impaciencia por verte aparecer por la alameda... (Bajo). ¡El maldito y consabido paseo entre los muñecos...! Bien sabe la condenada vieja que los trapos no dan simiente capaz de engendrar usurpadores.

LEIDI.- (Siempre leyendo en la mitad de su libro). Hierba mora.

BONI.- Datum morum.

DON.- ¡Hijita! ¡Y tú, ama! ¿Qué haceis ahí abajo? ¿Que cuchicheáis?

BONI.- Nuestras devociones, señora.

DON.- A cocinero. Habrá que ascenderlo por lo menos a cocinero.

LEIDI.- Mandrágora.

BONI.- Mandragoris vernalis... Ni los trapos simientes, ni el teatro cuchillos que pinchen ni corten. Pero, al menor descuido, tú paloma, te escurres hacia el desván...

LEIDI.- ¿Y quépinto yo en el desván, nodriza?

BONI.- No te hagas de nuevas, hipocritilla. El hermano macho tiene las pujanzas llenas de simiente y, en cada gota de simiente, miles de gusanillos capaces de convertirse en destripadores de viejas. En cuanto se harten de leprosería.

LEIDI.- (Al libro partido) Valeriana...

BONI.- (A su mitad). Valerianus officinalis... Lo peor es la llave, la muy puerca la lleva tan pegada al pellejo como una de sus tantas verrugas. En la misma cadena de las medallas.

LEIDI.- ¿A qué llave te refieres, nodriza?

BONI.- Sigues haciendote la atolondrada, ¿no es cierto?. La llave del desván, a ésa me refiero. La del desván de los machos. ¡Si pudiéramos distraersela en una de sus siestas de araña,!

DON.- ¿Terminais ya, queridas?. Si os demorais en demasía con los afetites de la niña puede que los pretendientes se retiren a sus mansiones.

LEIDI.- Digital, cicuta, laurel cerezo...

BONI.- Digital natus, cicuta natus, laurel cerezo natus...(Sube rápidamente sobre la mesa al terminar de pronunciar sus latina jos. El cambio debe ser vivísimo). ¡Señoría!

DON.- Dime, querida.

BONI.- Desconfiad de todos y de todo. Sobre todo de los que os sirvan de beber.

DON.- Pero, Bonifacia, ¿a qué tal agitación?

BONI.- Y con la llave. Tened cuidado con la llave. Amarrarosla al cuello con siete nudos. Se pretende desposeeros de ella en el primer descuido. No relajéis la disciplina o perdereis la hegemonía.

DON.- ¡Cuánta alarma por nada!. Descuida, que no me dormiré. Y, a la hora habitual, te pondré la sopa en la escudilla. Sigue ahora con tu papel de nodriza. Ten.
(Saca del arcón varias prendas de un vestido de novia y se las entrega a BONI. Este baja cargado con ellas y las cuelga de la percha "árbol")

BONI.- (Cantando mientras cuelga la ropa)

En el piso de arriba
el Jefe de la Tribu
escribió un testamento,
parió cien mil mancos
y plantó un arbolito
al que puso de nombre
sicomoro.

Y en el piso de abajo,
después de plantar una princesa
parió una gran arbolita
y bautizola
con el nombre de higuera.

Luego, arribita y abajo,
el Jefe puso
a los árboles
y a los niños
unos delantalitos
que les taparán
las vergüenzas...

DON.- ¡Ay, qué mujer ésta...! Todos los días con los cuplés dichosos. ¡Continúa con tu misión o no terminaremos en jamás de los jamases!

BONI.- ¡Dicho y hecho, mileidi...! ¡Engalanamos a la niña en menos de lo que canta un gallo y al baile de cabeza!.
(Pone en pie a LEIDI separandola de la mesa todo lo que permite la cadena que le aprisiona el tobillo. DON canta y desesteje mientras BONI parlotea alrededor de LEIDI)

DON.- Ea la ea,
 ea la ea,
 ea...
 Como una estrella,
 nacida de mi carne,
 que seguirá luciendo
 cuando yo muera.
 Ea la ea,
 ea la ea,
 ea...

BONI.- ¡Válgame el Divino Verbo y
 qué desaliñadas me habeis sa-
 lido las niñas de estos tiem-
 pos de mis pecados...! ¿Con
 tamaños trapajos quereis que
 se fije en vosotras todo un
 bizarro capitán de húsares?
 A buenas horas me hubiese yo
 presentado, en el capullo de
 mi mocedad, con semejante fa-
 cha delante de ningún apuesto
 joven. Anda traeme acá unas
 tenacillas que te atuse los
 rizos...

(Mímica de hacerlo, tambien
 puede maquillarla grotescamen-
 te hasta dejarla pintada co-
 mo un payaso)

¿Cómo querías que pusiera so-
 bre esas greñas que te traías
 semejante cascada de tules?
 (Pone el velo de novia sobre
 la cabeza de LEIDI)

Tu madre, y la madre de tu ma-
 dre, lo llevaron en día seña-
 lado como éste...

DON.- (Visionario. Puede ponerse en pie sobre el sillón. Grandes
 gritos y gestos). De la altiplanicie trajeron las blondas;
 de las costas, las arras; del delta las empapadoras de san-
 gre: todas las regiones del país contribuyeron a mi aderezo
 nupcial...

BONI.- (Contemplado, arrobado/a, su obra de decoración sobre LEIDI)
 !Sultanes me sé yo que darian la mitad de sus rentas por cu-
 brir este prado florido!

DON.- Raul me aguardaba en el atrio de Santa Gúdula con su capa de
 capitán de cazadores...

BONI.- (Pellizcando las mejillas de LEIDI). Ahora, un poco de son-
 rojillo para animar estos marfiles.

DON.- Soltaron una inmensa bandada de palomas...

BONI.- (Poniendo entre las manos de la novia un ramo de azahar).
 Y, ahora, el ramo...

DON.- Y cuatrocientos cañonazos rajaron al únisono el aire crista-
 lino de aquella mañana Única...

BONI.- Pero, por lo visto, habrá que agenciarse uno de esos apues-
 tos Raules... !Y bien sabe Dios que no va a resultar tarea
 baladí! Los jóvenes de brillante porvenir no abundan hogaño.
 (Dirigiendose a DON). Ilustrisima...

DON.- Dime, ama.

BONI.- Tengo el honor de solicitar la llave para vuestra hija y he-
 redera.

DON.- (Desciendo desde lo alto del sillón al nivel de la mesa).
 Prometí a la niña que, cuando tuviera la suficiente madurez
 de juicio para distinguir el bien del mal, aflojaría las se-
 veridades de su educación.

BONI.- Ahora se encuentra del todo rodeada por la edad de la razón
Y, convertida en una señorita, como tal se comportará.

DON.- Doilo por cierto. ¡Ten!

(Abre la arqueta y le entrega diversas prendas de atuendos masculinos. Se los entrega a BONI que los cuelga de la percha mientras canta)

Cien libras de renta
saca un mal notario
si manda corbata.

Y un mal almirante
por cada protesto
cinco libras lleva.

Ponte charreteras,
corbatas de lazo
y polainas nuevas.

Cuanto más correctas
sean las vestiduras
más sube la cuenta.

La chupa es dinero,
el chaleco pasta,
el chaqué, pesetas.

LEIDI.- (Muy suave). Mis tobillos, nodriza...

BONI.- (A DON). Sus tobillos, señora...

(DON le arroja una gran llave que lleva colgada del cuello.
BONI abre los grillos. Va a guardarse la llave en el "seno")

DON.- Nodriza...

BONI.- ¿Qué me queréis, señora?

DON.- Todavía no te toca hacer de ama de llaves. Sólo de nodriza.

BONI.- ¡Qué distracción la mía...! Tomad. (Devuelve la llave a DON
Al acercarse a hacerlo le habla casi al oído). ¡Y recordad
lo que os dije: cuidado de no abatir el párpado un solo instante!

DON.- (Volviendo a su destreje, cantando)

Ea la ea,
ea la ea,
ea...

Y heredará la plata
de mi alcancela
y el oro del puchero
y lo que cuelga
de todas las ramitas
de mis higueras...

Ea la ea,
ea la ea,
ea...

BONI.- (Que ha cogido del brazo a LEIDI ya vestida de "novia". Ambas se ponen de rodillas delante de DON. Este pasa del destreje al tejer). Os pedimos perdón, señoría, para partir en busca de nuestro preclaro futuro.

DON.- (Puesto en pie, solemne). Mi muy amada hija: aunque no es hábito mío el fatigar tus jóvenes oídos con los dictados de mi experiencia, no es aconsejable dejar pasar este momento solemne sin realzar ante tus ojos la decisiva importancia que para toda doncella honesta entraña el matrimonio. Cuando llega la edad de abrazar este rumbo, debe abandonar el celibato como estado ignominioso que es y altamente perjudicial, no solamente para su honor y discrección, sino también para la república toda. Debo hacerte notar que una celiبة no es sólo perjudicial a la sociedad porque le priva de una madre y de una esposa, sino que su responsabilidad atenta incluso contra la propia naturaleza puesto que desoye los sagrados deberes que aquélla le impone y que no son otros que la continuidad de la especie: procreación, por otra parte, nefasta y contranatura concebida fuera de los lazos del matrimonio sacramentado. Ve, pues, hija mía, y procede a la perpetuidad de la antedicha especie.

BONI.- Y de vuestra altísima dinastía.

DON.- Así sea. Ahora partid.

(BONI y LEIDI se dirigen al fondo de la escena y el primero saca, de detrás de los carteles iluminados por los cirios, unos maniquies de mimbres o de trapo semejantes a los bustos de pie torneado que servían hace años a las modistas como probadores. BONI, sacándolos del arcón, entrega a LEIDI un abanico y una sombrilla. Sigue un ballet de ritual grotesco efectuado por una LEIDI coqueta-tímida-lúbrica alrededor de los maniquies. BONI sigue las peripecias del juego reforzando su significación con una exagerada mímica de alcahuete-señorita de compañía. DON, subido en su trono sillón, contribuye a la ilustración de la escena con su empaque verbal)

DON.- Schoëbrunn, allá, en los alto del Igueldo, se disuelve en los últimos nácares del poniente mientras las muselinas vaporosa de las damiselas son agitadas por las suavísimas brisas que el crepúsculo levanta del Tiber eterno. El landó del vizconde aparece al fondo del túnel formado por los tejos centenarios...

BONI.- Acacias, ilustrísima. No os olvideis del sexo de los árboles

DON.- ...por las acacias centenarias que rodeaban el balneario al tiempo que, en el templete central, la banda del quinto de caraceros ataca el allegro con suave ímpetu. Al llegar a la altura de nuestra heroína, el vizconde levanta su elegantísimo sombrero de un delicado color gris perla, mientras su rostro se ilumina con la más encantadora de las sonrisas... (BONI, que ha ido poniendo algunas prendas sin demasiada relación entre sí - por ejemplo, una casaca militar con una chistera "gris perla" - a uno de los maniquies, hace saludar a éste "quitándole" repetidas veces el sombrero)

BONI.- Puedes corresponder, paloma. Una discreta inclinación a nada compromete, aparte de que ya fuiste presentada al señor vizconde en la "soirée" de la duquesa de Guermantes...

(Saludo de LEIDI dentro del tono esperpéntico del ballet. BONI pasa a otro muñeco. Igual juego con otras prendas que va descolgando del "árbol")

DON.- Más alláde la pulida caoba que refleja los mil destellos de la gran araña del techo, el misterioso caballero dejó la copa de champán sobre la mesa y, sin proferir el menor vocablo fijó su mirada sombría en el rostro fascinado de nuestra protagonista. El seno de la joven comenzó a latir con loco apresuramiento bajo el ramillete de violetas que adornaba el descote de su vestido de terciopelo carmesí...

(LEIDI, como fascinada delante del segundo muñeco, comienza a quitarse el vestido de novia, empezando por un zapato y una media)

BONI.- ¡Basta ya, paloma! Si persistes en esa descocada actitud, tan impropia de una verdadera señorita, me veré obligada a ponerlo en conocimiento de tu señora madre... ¿Me oyes, palomita?

(LEIDI, como sonambula, continua con su despojo de prendas hasta que BONI se apresura a presentarle un nuevo muñeco)

DON.- En el estio visitabamos el dominio que mis tios poseian en el corazon de los Carpatos: un adorable palacete rodeado de abedules de plateada corteza como todos los que crecen en aquella parte del Palatinado. Y, por qué no decirlo?, entre los mil encantadores detalles que me hacian desear con inusitado anhelo el comienzo de las vacaciones, no era el menor la desbocada amistad que Rodolfo, el primogénito de mis primos, me inspiraba.

LEIDI.- ¡Rodolfo! ¡Rodolfo! ¡Rodolfo! ¡Rodolfo! ¡Rodolfo! ¡Rodolfo! ¡Rodolfo!...

BONI.- Cordura, paloma, cordura... Recuerda el grado de parentesco que os une. Eso es algo que requeriría licencia de Su Santidad misma...

DON.- (Maloso, cerrando el último de los libros de que se puede haber valido para su fascinacion "literaria")
Hijita...

LEIDI.- Os escucho, madre mia.

DON.- Ya te veo familiarizada con los héroes nacidos de nuestras mejores plumas... ¿Elegiste, pues, entre ellos?

LEIDI.- (Igual de melosa)
Si, madre.

DON.- ¿Y cual es el predilecto de tu corazón?

LEIDI.- (Salvajemente, con voz ronca y agresiva)

El elegido de mi corazón es el hermano de carne encendida y tiesa que teneis encerrado, vuestro bufón y tú, en el desvan del castillo.

DON.- ¡Ay, Boni...! ¿No encuentras desmesurada tanta fantasia?

BONI.- Ciertamente que sí. Sin duda producto de tantos libroles sobre los que consume esas estrellas de ojos. La niña lo que necesita es frecuentar jovenes de carne y hueso para librar su cabecita de tantos vapores poéticos...

- DON.- ¡Hazla, hazla conocer varones de pelo en pecho! ¡Condúcela al baile donde su corazón pueda palpar junto al masculino ardor de sus admiradores!
(BONI coge de los maniquies algunas prendas y se las plantifica a sí mismo. Se acerca a LEIDI)
- BONI.- Mamuasel: ¿considerais demasiado atrevimiento de mi parte el que pretendiese ver mi nombre incluido en vuestro adorable carné de baile?
- LEIDI.- Perdonadme, señor, si no alcanzo a recordar cuál es vuestra gentil gracia...
- BONI.- (Con un taconazo). Conde Bonifacio Von Estrëunchentz.
- LEIDI.- ¿Os hace juego "El bello Danubio Azul"?
(DON pone en el gramófono el disco correspondiente - también puede ser, en vez del vals nombrado, un minué de mucha ceremonia -. Nuevo taconazo de BONI y enlace del talle de LEIDI que se recoge la cola del vestido. Danzan)
- BONI.- ¿Percibis mi cálido aliento de varón?
- LEIDI.- (Siempre dulce y ceremoniosa). No, enano. Sólo siento el hueco de vuestra castración. Igual que un hielo.
- BONI.- (A DON, quejoso). Me permito protestar, reverencia. Con estos desplantes de la niña no hay manera de que uno se concentre en el papel.
- DON.- Ten disculpa de tales originalidades. Cosas son propias del mocerío actual y alocado. Continúa.
- BONI.- (Tras un rápido cambio de prendas). ¿Bailamos, bella desconocida?. (Gesto a DON). "Sueño de amor", maestro. (DON vuelve a colocar en la gramola el disco nombrado -u otro cualquiera -). ¿Qué secreta fragancia se desprende de esa exquisita redoma que sois toda vos?. Decídmelo, bella desconocida.
- DON.- (Ronca). A ajos.
- BONI.- ¿A ajos, mi dulce amiga?.
- LEIDI.- A ajos, sí... Ajos de cementerio. Los mastico antes de cada sesión para que se respeluznen los bufones disfrazados de bellos tenebrosos.
(Cada vez más rápido, nuevo cambio de prendas de BONI. Puede haber cogido, cada vez, las de un muñeco diferente)
- BONI.- Solamente para mi amada prima y para mi tocarán esta noche los zíngaros. Aislados del resto del universo por una campana de mágico cristal.
- LEIDI.- Sí, primo mío. El galop, la contradanza, el rigodón, todos para vos.
(Música de zíngaros puesta por DON en el gramófono; éste puede efectuar la mímica del violinista-celestino de turno)
- BONI.- ¿Saldreis conmigo al parterre a pasear bajo el magnolio impregnado de por el fulgor estelar?.
- LEIDI.- Saldré a la terraza y me dejaré galantear por vos bajo el magnolio impregnado por el fulgor estelar... (Cambio brusco de voz, brutal). Pero dudo que consigas dejarme preñada, nodriza.
- BONI.- ¿Quién sabe...? La poesía hace milagros. Dancemos entretanto.
- LEIDI.- Dancemos pues, monsie...
- DON.- (Sinuoso, después de un tiempo de danza). Hijita...

BONI.- Creo entender que os requiere vuestra señora madre.

LEIDI.- ¿Qué se os ofrece, mi señora madre?.

DON.- Entre tanto apuesto joven con que habeis danzado esta noche, ¿encontraste alguno de tu agrado?

LEIDI.- (Agria). ¿Cenaremos despues del intento?.

DON.- Cenaremos. Apuraré el caliz de la ingratitud filial hasta las mismas heces.

LEIDI.- De acuerdo.

DON.- ¿Cual, entonces?

LEIDI.- (Recatada). Los latidos de mi corazón no irán más lejos del elegido por mi padre y por vos. Segura estoy de que vuestro acierto será cumplido. Trincad el que más os convenga..

DON.- Aportadmelo, pues.

BONI.- ¿Cuál, Alteza? ¿El capitán de notarios, el vizconde de lanceros, el pasante de poetas...?

DON.- Una mezcla: pero no seas demasiado tarda.

(BONI pone todas las prendas amontonadas sobre uno de los muñecos y acerca éste hasta ponerlo frente a DON, coloca a LEIDI a su lado. DON habla muy rápido).

¿Prometeis ser felices en la desgracia y amaros en la enfermedad legítima y dar separación a la muerte de vuestros hijos hasta que la felicidad os separe?

BONI.- Di sí, paloma.

LEIDI.- Por supuesto, la marmita hace tiempo que hierve.

DON.- ¿Y el galán acepta?.

(BONI pone el oído en el pecho del maniquí)

BONI.- Se huelga en ello.

LEIDI.- Suspende ya la función y zámpanos en el lecho. ¿No es la continuación ortodoxa?.

BONI.- ¡Cuanta prisa, paloma!. Cualquiera pensaría que te arden ánsias lébricas. Espera, por lo menos, a que me ponga el uniforme.

(Se pone los guantes de goma roja que ya usó en la plataforma superior y que saca de la arqueta. Ayuda a LEIDI a subir a la mesa y a tenderse al pie del sillón de DON que se inclina, siempre sentado en él, con curiosidad. Pone el maniquí, también tumbado y supervestido, junto a la actriz y cubre a los dos con los carteles del fondo de la escena. Mientras efectúa esta operación no deja de cantar)

Para que el gran Amor
nos entregue sus dones,
dejad a los amantes
en mullidos colchones.

Tapad a los amantes
desde pies a cabeza
y los demás lo hará
la Gran Naturaleza.

En silencio y sosiego
fructifica el amor:
silencio, soledad
y un poco de calor...

Tapad a los amantes
desde pies a cabeza
y lo demás lo hará
la Gran Naturaleza.

Dará el amor sus frutos
bajo el cartel pintado
con sólo tener fe
en que se haga el milagro...

Tapad a los amantes
desde pies a cabeza
y lo demás lo hará
la Gran Naturaleza...

(La "pareja" ya ha sido cubierta totalmente por los carteles.
Pasa un tiempo. DON y BONI, inclinados sobre el montón de pa
peles, permanecen expectantes)

DON.- Penoso resulta carecer aquí abajo de nuestra buena clepsidra
Nos ayudaría a establecer el tiempo apropiado.

BONI.- Procurad templar esas impacencias de abuela. Rezad un credo:
poco más o menos es lo que suele durar.

DON.- Ya rezo, ya.

(Otra pausa prolongada)

BONI.- Pero... ¿se portará dignamente con mi pobre palomita?.

DON.- ¡Mujer...! Parece que tú también tienes tus zozobrillas...

BONI.- En realidad... ¡es tan joven...!

DON.- Ten en cuenta de que se trataba de un muchacho de educación
adecuada. ¿Le hubiera yo concedido su mano de otra manera?

BONI.- ¡Con tal de que no le haga ninguna carnicería...!

DON.- Lo más importante es que nos llegue enterito el resultado,
sin que le falte cacho alguno.

BONI.- En todo caso hoy no es miércoles.

DON.- ¡Claro...!

(Otra gran pausa)

BONI.- ¿No están demasiado callados?

DON.- Los deberes más excelsos se cumplen siempre bajo la gran cú-
pula del silencio: no lo olvides.

BONI.- Sí, pero reconocereis que algún que otro quejido...

DON.- ¡Calla, loco!. Acabarán por ponerme nervioso a mi también.

(Gran grito de LEIDI debajo de los papeles)

LEIDI.- ¡RODOLFO! ¡RODOLFO!.

DON.- ¿Rodolfo?... ¿Pero no era Raul?

BONI.- ¡Ay, Señor...! ¡Con estas chicas de ahora nunca se sabe.

LEIDI.- ¡Rodolfo, Rodolfo...! ¿Por qué me abandonas en esta estepa
de sufrimientos? ¿Dónde te has metido, Rodolfo?

BONI.- Una miaja de paciencia. Ya me llego.

(Levanta los papeles y el maniquí)

LEIDI.- ¡Qué vergüenza tan horrible, nodriza!. No sé cómo explicar
la deplorable situación en que me hallas. ¿Qué podría decirte?

BONI.- Simplemente puedes clamar: "¿Cómo pudimos, Raul? ¿Cómo pudi
mos?

LEIDI.- ¿Raul...? ¿No era Rodolfo?

BONI.- Algo queda.

DON.- Apúrala pues.

BONI.- Decíamos que... (Cantando)

El Jefe de la Tribu
no se atreve a clavarse
en el propio corazón
el cuchillo.

Del pecho del Gran Jefe,
bajo la piel del niño
sacrificado anoche,
solo surge un vagido
de cobarde pavor...

LEIDI.- (Retomando la canción, con su voz más angelical)

Cuatrocientas
azagayas filiales
atraviesan entonces
el corazón gastado
por el tiempo y el tiempo
de mandar en la tribu...

(A BONI)

¡Sirve vino, copero!. El padre tiene la copa vacía. Y tenemos que brindar por su gloria individual.

(BONI vuelve a escanciar líquido verde de la marmita en la copa de DON, abandonada sobre la mesa)

DON.- ("Hondísimo"). Puesto que es necesario terminar, se terminará. Hay un tiempo para representar y un tiempo para la autenticidad final. A fin de cuentas, bueno es descansar de la dura fatiga de conducir a tan díscolos súbditos.

(Vacía la copa de un trago. Canta entre estertores "agónicos")

Y comienza el banquete
de las grandes exequias
en donde se devoran
hasta el último hueso
los residuos del Padre.

Es noche de gran fiesta
en la Primera Choza
de cristales y mármoles
de los Hijos del Jefe
de la Tribu...

(Se deja caer sobre la mesa. Rueda la copa. Aumenta al máximo la música sacro-coral)

LEIDI.- Aguarda un poquitín, padrecito. Te falta repetir la gran frase que quedará grabada en las piedras inmarcesibles de las literaturas patrias.

BONI.- Podeis elegir entre aquello de "Ven, mortal asesino, y corta de un solo golpe esta nudo complicado de la vida o lo del balbuceo del idiota.

LEIDI.- En todo caso los aplausos están asegurados. La ceremonia cumplida.

DON.- (Levantando la cabeza con un esfuerzo "supremo"). Espero que los capaces de asesinar a sus padres lo sean también de portar la pesada corona del imperio con la misma nobleza con que la llevamos nosotros.

BONI.- Amén.

LEIDI.- (Después de un largo silencio esperando a que DON se quede inmóvil, medio cuerpo sobre la mesa). Amén.

(BONI y LEIDI llevan, a rastras, el "cadaver" hasta colocarlo, en el suelo, delante de la mesa. BONI lo cubre con su casaca. Luego él y LEIDI, como ángeles orantes, se arrodillan junto a DON que, poco a poco, aumenta el ruido de sus ronquidos)

BONI.- Tu padre ha muerto. Solita te encuentras, ahora, en el mundo.

LEIDI.- Sólo y libre, mi buen Bonifacio.

BONI.- ¡Libre, libre...! ¿Cómo saber dónde crece la frágil yerba de la libertad?

LEIDI.- (Señalando la plataforma superior). ¡Allá arriba!

BONI.- ¿Arriba, dices! ¿En ese desván lleno de recuerdos inútiles?

LEIDI.- Olvida de una vez ese cuento tan conocido, tío. En aquel lugar hay algo que hará cantar mi futuro.

BONI.- ¡Siempre con tus lirismos, niña! ¡Te has pasado demasiado tiempo rodeada de libros perversos.

LEIDI.- ¡Cierto, tia!. Me habeis alimentado demasiado tiempo con jugo de signos y es llegado el momento de hacerlo con jugo de hombre.

(Se dirige hacia la plataforma superior. BONI, con juego grotesco, procura impedirle el paso).

¡Quita de enmedio, rata de portería!. A partir de ahora has dejado de ser parte del mecanismo consolador.

(Empuja a BONI y lo aparta. La plataforma superior, si existe mecanismo para lograrlo, deberá descender al nivel de la escena; en caso contrario, LEIDI ascenderá lentamente hacia ella. BONI se dirige parsimoniosamente hacia el arca y saca una sarten, un frasco con aceite y un par de huevos)

BONI.- En las discordias por el poder siempre terminan por perecer los poderosos. Solamente los que nos avenimos a los humildes alimentos terrestres tendremos ocasión de perdurar...

(Pone la sartén sobre el infiernillo, echa aceite en ella, casca los huevos, etc, etc. Una vez fritos se sienta en el gran trono al tiempo que LEIDI ha llegado a lo alto de la plataforma y tira suavemente de la cadena sujeta a los pies del lecho. BONI, sin dejar de untar pan en las yemas, sacude con el pie el "cadaver" de DON)

¿así miras por el honor de tu casa, señora mia?. Mientras roncas como un cavador he aquí que tú única hija se revuelca en los barro de tu deshonra...

DON.- ¿Qué dices, maldito bellaco?

BONI.- ¡Fíjate!

DON.- (Incorporándose a medias, con un gran grito). ¡Hijos míos!

¿Qué haceis?

BONI.- ¿No lo ves?. Los muy recochinos juegan a encargar el pequeño asesino de marras. El de verdad, no el del teatro de cada jornada.

- DON.- (Puesto en pie). ¡A mi la guardia! ¡Aplastad a esa hija relapsa! ¡Aplastadla! ¡Aplastadla!. (Sacude a BONI que no, deja de comer). ¿No has oído, mercenario asqueroso?. ¡Deténme la! ¡Aplástamela!.
- BONI.- ¿No quedamos en que odiabas la violencia? ¿O era, solamente mientras funcionaba el tal teatro?
- DON.- Esta última rebelión la pagarás más cara que ninguna. Sólo figurarás en el libro de las Crónicas con tiras de tu asqueroso pellejo...! ¡Aplástamela!
- BONI.- En realidad, no está nada bien molestar a las gentes en ciertos menesteres de intimidación. Además, es posible que el nuevo almirantito me proporcione una librea menos raída que la tuya...
- (Sigue comiendo. Luego se acerca a la entrada de la plataforma y finge mirar por el ojo de una hipotética cerradura. PTI PRANS sale de debajo de la cama, donde habrá permanecido toda la segunda parte, y se dedica a olfatear a LEIDI, extrañadísimo)
- LEIDI.- Escucha, hermanito: había una vez un árbol lleno de manzanas y las manzanas eran como pechitos calientes y llenos de zumo. Pero se dispuso que aquellos pechitos color tabaco no eran ni para morder ni para tocar. Y para los que se acercaban al árbol llenos de deseos de morder y de tocar, el prohibidor hizo colgar de las ramas imágenes de pechitos y de vientrecitos y de muslitos imitando a los pechos, a los vientres y a los muslos de una negra desnuda... Y llenó las ramas del árbol con otros consoladores a cual más fascinante. Pero hubo alguien - me escuchas, hermanito - hubo alguien, que luego dijeron que fué una culebra disfrazada de muchacha, que enseñó a su tonto hermanito que existían otras realidades que no eran de papel y de simulación, sino de carne de carne... ¡como ésta!
- (LEIDI comienza a desvelarse hasta los límites permisibles. En todo caso permanecen con la máscara)
- BONI.- Y, a lo que parece, las sibilas terminaron por llevarse el gato al agua...
- (PTI PRANS profiere un gran grito)
- PTI PRANS.- ¡Barragana! ¡Lúbrica! ¡Baja de una vez a los avernos a hacer compañía a tu maligno maestro! ¡Toma el merecido de tu sucia concupiscencia!.
- (Ahoga a LEIDI con la cadena. Le quita la máscara)
- ¡Así aprenderán estas puerkas a no venir a soliviantarle a uno cuando se encuentra, en paz y gracia de Dios con su al-bun de estampas!
- (Saca un póster de debajo de la cama y se queda embelesado en su contemplación sólo interrumpida para escupir y dar patadas al derruido montón de desvelada carne léidica)
- DON.- En marcha, mi buen Bonifacio. Subamos a nuestros aposentos y recuérdame que mañana no dejemos de parir otra hembra. ¡Su pone tanta alegría para nos una compañía femenina!
- BONI.- En efecto, sire.
- DON.- ¡Tan sólo esas menudas satisfacciones son a mitigarnos la ru da aspereza del mundo!

divide. Continúa, tenúe pero eternamente allí, la música del miserere)

Es noche de fiesta
en la gran choza
de mármoles y huesos
del Jefe de la Tribu.

Los cuatrocientos hijos
del Jefe de la Tribu
alrededor están
del Gran Padre Común...

El Jefe de la Tribu
arrebujado yace
bajo la piel del niño
sacrificado anoche.

Pero la piel del niño
ya no abriga bastante
y estremecido yace
de vejez y de mando...

DON.- ¡Coperero...!

BONI.- (Deja de tocar, se acerca a la mesa). ¿Mi señor...?

DON.- Mi señora, querrás decir.

BONI.- Perdón, mi señor. ¿Mi señora...?

DON.- Siento frío en lo hondo de los huesos. Como nieve entre los túétanos.

BONI.- ¿No os da suficiente calor la piel de vuestro nieto?

DON.- Viento fué. Humo, hueco y vacío.

BONI.- Ilusión de un miércoles deshinchado.

LEIDI.- Bebed vino, venerable padre. Bienaventurados los que beben vino en tiempos de beber vino. Eso siempre calienta.

DON.- ¿No oyes, coperero...?. Sirveme vino de las cepas de mi hija... (Un tiempo con la copa tendida, furioso). ¡Sé más diligente, enano de mierda!

(BONI llena la copa con el líquido verde la marmita. DON levanta la copa).

¡Fascinante aspecto el de este líquido trasverberador! ¡Sigue cantando, bufón!

BONI.- (Cantando)

El más pujante
entre los cuatrocientos hijos
del Jefe de la Tribu
invita al Gran Padre
a clavarle a si mismo
la azagaya de la consumación
en el pecho podrido.

LEIDI.- (Dulcísima). Bebe, mamaita...

DON.- (Contemplando el líquido a través del cristal de la copa)
El vino de tus viñas ha de saber bien amargo, hija mia...

LEIDI.- Anoche y todas las noches anteriores, desde que jugamos esta comedia, lo bebisteis y nada os pasó.

DON.- Pero, según el oráculo, el vino del teatro puede llegar a convertirse en leche de matar. (Deja caer lentamente el contenido de la copa sobre la mesa). ¿Ya terminaste tu balada, poeta?.

BONI.- ¡Si, majestad!

(Comienzan a subir a la plataforma. Antes de hacerlo DON ha recogido la larga prenda rosa de su tejemaneje)

DON.- Y haz que envíen este abrigo a la portera de la leprosería. ¡Tiene tantos crios, la pobre!

BONI.- Los niños de la portera de la leprosería, machos y hembras, os idolatrarán como a una segunda madre, maestro.

F I N. A. L.